

La Ilustración Artística



AÑO XXX

BARCELONA 25 DE SEPTIEMBRE DE 1911

NÚM. 1.552



EN VENEZIA.—HACIA EL LIDO, cuadro de P. M. Dupuy

SUMARIO

Texto.—*Revista hispanoamericana*, por R. Beltrán Rózpide. — *Dos historias de amor*, por José Sánchez Rojas. — *Retratos notables*. — *Berna. Concurso para un monumento a la Unión Telegráfica Internacional*. — *La última erupción del Etna*. — *Pedro Stolypine*. — *París. Perros guardianes del Louvre*. — *El «globetrotter» Dr. Zampiceni*. — *El aviador Nieuport*. — *Problema de ajedrez*. — *La coleccionadora* (nove-la ilustrada; continuación). — *Rincones de España. La Foz de Binies*, por el conde de Carlet. — *París. Fiesta deportiva de los Caf' Conc'*.

Grabados.—*En Venecia. Hacia el Lido*, cuadro de P. M. Dupuy. — Dibujo de Tamburini, ilustración al cuento *Dos historias de amor*. — *El príncipe de Nassau y su profesor*, cuadro de Van Dyck. — *Los cuatro príncipes de la casa Gonzaga*, cuadro de Pedro Pablo Rubens. — *Retratos pintados por Felipe A. Laszlo*. — *Bocetos para el concurso de un monumento para la Unión Telegráfica Internacional*. — *Última erupción del Etna*. — *Estatua del general Steuben*. — *La escalera de Santa Lucía de Nápoles*; *Un rincón de la vieja Nápoles*, cuadros de V. Caprile. — *Pedro Stolypine*. — *El Dr. Zampiceni*. — *El aviador Nieuport*. — *París. Louvre. El perro «Milord» en la sala de Apolo*. — *Rincones de España*. — *París. Fiesta de los Caf' Conc'*.

REVISTA HISPANOAMERICANA

Chile: la industria salitrera: la población de la República: política exterior é interior: los empréstitos y la Deuda pública: la cuestión Alsop y el fallo del monarca inglés. — *Uruguay*: la cuestión de los tratamientos. — *Paraguay*: otra revolución. — *Bolivia*: relaciones exteriores y gobierno interior. — *Ecuador*: el presidente Estrada y los alfaristas. — *Honduras*: los preparativos electorales y la candidatura del general Bonilla. — *Guatemala*: su presidente y la instrucción pública. — *México*: efervescencia política.

Los documentos oficiales y las noticias particulares que recibimos de Chile revelan, en primer término, la perseverancia en los esfuerzos que allí se hacen para fomentar la industria salitrera, cuya acción capitalísima en la vida económica de esta República hemos ya señalado en otras *Revistas*.

Según los cálculos hechos por la Asociación Salitrera de Propaganda, la producción en este año de 1911 llegará á 55.000.000 de quintales españoles; la de 1910 ha sido de 53.600.000. En el comercio exterior de Chile representa el salitre el 80 por 100 de la total exportación. Justificado está, pues, el empeño que los chilenos ponen en el desarrollo y prosperidad de esta industria. Procuran que aumente la producción por medio de nuevas Oficinas salitreras, y hacen activa propaganda en todo el mundo para extender el consumo del salitre. A facilitar la exportación á Europa tienden negociaciones entabladas con el gobierno italiano á fin de establecer líneas regulares de vapores entre los puertos de uno y otro país. Acaso con estas negociaciones se aspire á llenar un doble objeto: el indicado y la atracción de inmigrantes braceros, necesarios, así para la industria del salitre, como para otras explotaciones mineras y para las labores del campo.

Chile, como las demás Repúblicas de la América del Sur, está muy poco poblada. El último censo ha dado un total de 3 250.000 habitantes, lo que supone, teniendo en cuenta la superficie territorial, una densidad de cuatro habitantes por kilómetro cuadrado. Con tan escasa población no es posible poner en actividad todas las fuentes de riqueza que atesora el país.

En el orden político y administrativo, ha sido preciso determinar el número de representantes del país con arreglo al nuevo censo; habrá 37 senadores y 108 diputados. Hay importantes reformas acordadas ó en proyecto, tales como la creación del Ministerio de Agricultura y Comercio, y la reorganización de la Oficina de Estadística, de la Policía, y de las carreras diplomática y consular. Son amistosas las relaciones con todas las demás potencias, salvo el Perú, pues la cuestión de Tacna y Arica sigue siendo causa permanente de discordia entre ambas Repúblicas.

En cuanto á la gestión política interior y financiera, preciso es consignar de nuevo la nota característica de los gobiernos chilenos, ó sea la instabilidad ministerial, y referirnos también á los esfuerzos que se vienen haciendo para satisfacer debidamente todas las necesidades de los servicios públicos.

Del 17 de agosto es el último ministerio chileno de que tenemos noticia. Los presupuestos se saldan con déficit, y el presidente de la República, en su último mensaje, advierte la necesidad de tomar medidas que equilibren los gastos con los ingresos. El Congreso Nacional ha autorizado la emisión de varios empréstitos por valor total de muy cerca de 10.000.000 de libras esterlinas, de las que la mitad han de invertirse en adquisiciones navales y renovación del material de artillería. Así va aumentando la deuda exterior, que ya debe pasar de 30.000 000 de libras; la interior, comprendiendo el papel moneda, es de 9.000.000. Cada chileno debe, pues, unas 300 pesetas; menos, ciertamente, que nosotros los españoles,

á cada uno de los cuales corresponde una participación de 475 pesetas, aproximadamente, en las Deudas públicas.

Pero el asunto de actualidad en Chile, en este verano de 1911, ha sido la sentencia arbitral del rey de Inglaterra sobre la cuestión Alsop. Había llegado á ser un mal asunto para los chilenos, y más que nunca en aquellos días en que los yanquis exigieron que se pagase á sus patrocinados 200.000 libras esterlinas, con amenaza, si así no se hacía, de romper las relaciones diplomáticas con el gobierno de Chile. Este pudo al fin conseguir que los Estados Unidos se avinieran á someterse al arbitraje del rey de Inglaterra, que ha dictado fallo, fijando en 187.000 libras esterlinas la cantidad que Chile debe pagar á los Alsop y C.^a, razón social de los acreedores protegidos por el gobierno de Washington. Chile había ofrecido, incluyendo los intereses, 43.000 libras, cantidad que los interesados no aceptaron, pues hacían subir su crédito á muchos miles más. Ahora, como se ve, la suma que fija el monarca inglés y que Chile ha pagado ya, se acerca á la que pidieron los Estados Unidos. Y como en esto de los arbitrajes internacionales, una vez sometidas á ellos las partes, hay que aceptar y acatar el fallo como la suprema declaración de justicia, preciso será reconocer que los yanquis estaban más de acuerdo que los chilenos con la razón ó con el derecho.

En el Uruguay sigue avanzando la corriente democrática. Con motivo de un proyecto de ley sobre «tratamientos» ahora presentado por el Dr. Melian Lafinur, una revista militar de Montevideo trae á cuento cierto artículo publicado años hace en otro periódico militar, en el que se protestaba contra los tratamientos en el Ejército y fuera de él; ni siquiera debe dársele, según el autor del artículo, al presidente de la República. Títulos y tratamientos, dice, son incompatibles con la forma de gobierno republicana: ni aun el *don* debe admitirse; basta el *señor*. En realidad, el autor á quien nos referimos bien pudo ya prescindir del *señor* y hasta del *usted* y de los títulos académicos ó profesionales, tal como en Francia querían aquellos fanáticos de la igualdad, de que nos habla Biot, que se habían empeñado en anular toda facultad de sobresalir.

En el Paraguay, aquel coronel y ministro de la Guerra, Jara, que en enero último se proclamó presidente ó dictador, vivía en perpetua alarma, siempre amenazado de rebeliones que le arrebataran el poder por los mismos procedimientos que él empleó para conquistarlo. Y así ha sucedido. En los primeros días de julio unos cuantos oficiales fraguaron un pronunciamiento y sorprendieron y apresaron á Jara. Fué proclamado presidente provisional D. Liberato Rojas, que presidía el Senado.

Pero Jara que logró salir del país, no se conforma con la nueva situación que le crearon los pronunciados, y conspira. Rojas procura halagarle para impedir que fragüe intenciones revolucionarias, y á él y á su ministro de la Guerra, Ibáñez, que á principios de agosto residían en la Argentina, les ofrece, respectivamente, los cargos de ministros plenipotenciarios en Alemania y en Chile. Ambos se niegan á toda avenencia, y el gobierno provisional responde á la negativa con un proyecto de ley por el cual se elimina del ejército á Jara y se le declara incapaz de ejercer cargos públicos.

Bolivia, bajo la presidencia del Dr. Villazón, y libre ya del enojoso conflicto que promovió el laudo arbitral argentino sobre límites con el Perú, continúa los progresos iniciados en todos los órdenes de la vida nacional.

El *modus vivendi* acordado con la cancillería del Perú ha prevenido nuevos choques armados en la frontera del territorio de las Colonias, y la aprobación del protocolo suscrito en Buenos Aires por los representantes de Bolivia y de la República Argentina, ha restablecido las buenas relaciones diplomáticas entre ambos Estados, interrumpidas por las desagradables emergencias del laudo á que antes nos hemos referido.

El gobierno boliviano dedica ahora predilecta atención, según declara el mismo presidente de la República, á los servicios financieros, á la reorganización militar dirigida por jefes y oficiales alemanes, á la construcción de ferrocarriles y al fomento de la instrucción primaria.

La mayor extensión de las vías férreas, el desarrollo que toma la producción minera, las nuevas empresas que se inician en este ramo, las seguridades en el orden público, la abundancia de capitales y las buenas cosechas que se obtienen en los campos, son factores positivos de una época de relativo bienestar.

Las últimas noticias de la República del Ecuador son poco satisfactorias. Contra el nuevo presidente D. Emilio Estrada hacen armas los partidarios del general Flavio Alfaro, y se habla de reñidos encuentros en las provincias de Los Ríos y de Manabí.

El Sr. Estrada es persona de gran predicamento en el país, sobre todo en el mundo industrial y financiero. Joven aun relativamente, pues no ha cumplido los cincuenta y cinco años, es un buen organizador; ha dirigido con gran acierto la Compañía de tranvías y fué gobernador de Guayaquil.

Parece que el expresidente Eloy Alfaro, á pesar de sus setenta años, ó alguno de sus hijos ó parientes, pretendía disputar la presidencia á Estrada y quitársela por la fuerza. Lo cierto es que á mediados de agosto el ministro norteamericano en Quito telegrafió al departamento de Estado, de Washington, diciendo que la situación en el Ecuador era muy seria, porque los partidarios de Alfaro se habían empeñado en restablecerle en el poder. Añadía que se preparaba una manifestación popular contra estradistas y alfaristas, lo cual «puede establecer el precedente en Hispanoamérica de que al estallar una revolución el mismo país trate de restablecer la armonía y la paz.»

En Honduras se vive ahora en pleno período de actividad electoral. Es candidato á la presidencia de la República el general D. Manuel Bonilla, que ya lo fué hace pocos años, con gran ventaja para el país, pues bajo su gobierno se hicieron muy útiles reformas de carácter político, económico y administrativo, y en su tiempo sonó más que nunca, y con elogio y simpatías, el nombre de Honduras.

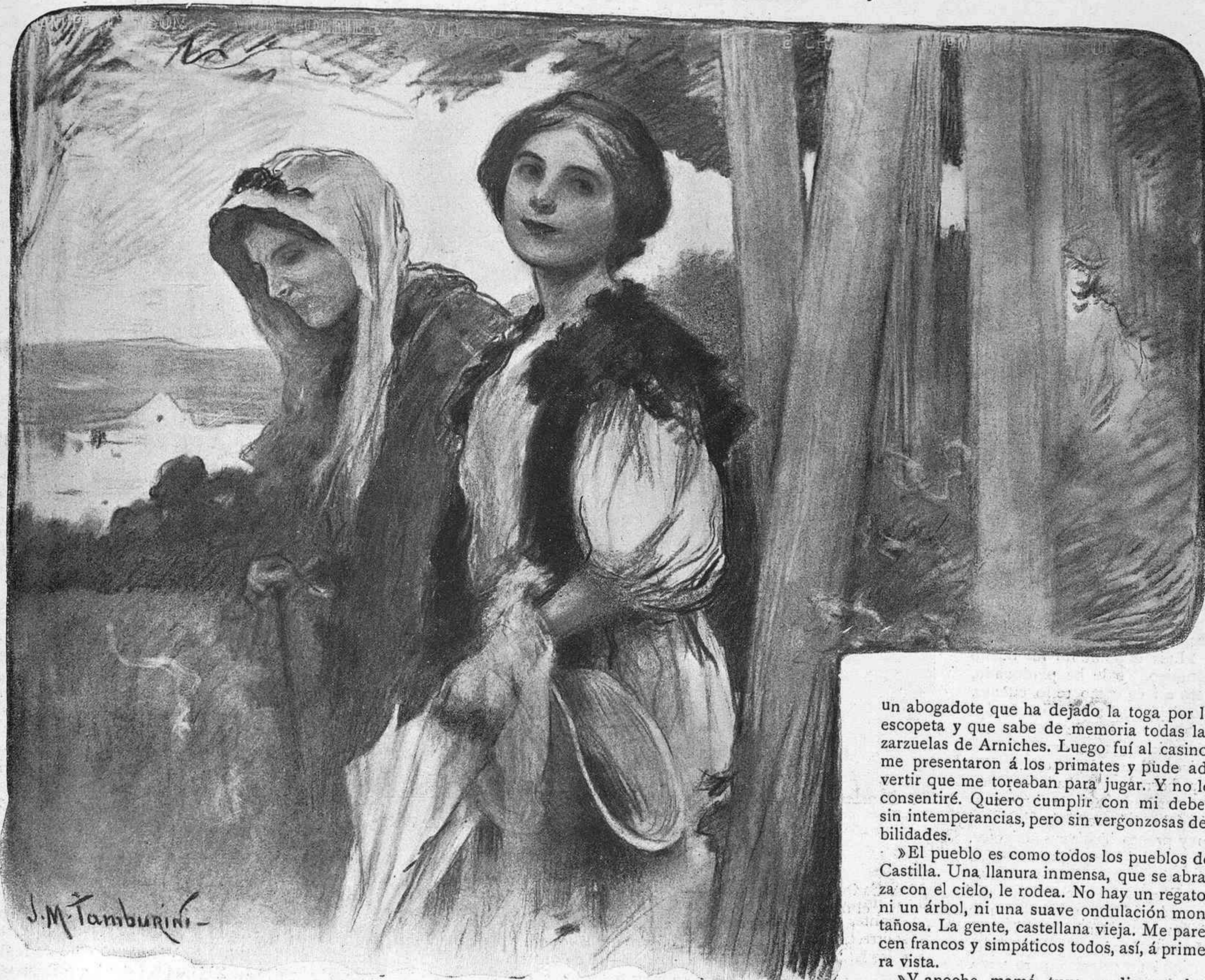
Los amigos y partidarios de Bonilla, que son muchos, recuerdan ahora en la prensa los antecedentes del bizarro general, y hacen constar que su política tiende á la reconstrucción del Estado en lo moral y material, y que sin ser hombre de letras ni haber hecho estudios superiores, revela en todos sus actos muy buen juicio y una pericia nada común en todo cuanto se relaciona con los variados problemas que ha de resolver un hombre de gobierno. A él se deben la magnífica carretera que va de la capital de la República á la costa del Pacífico, la reconstrucción del trozo existente del ferrocarril interoceánico, la fundación de numerosas escuelas y colegios de primera y segunda enseñanza, y de la Escuela Normal de Varones, la obra de la Biblioteca Nacional y sobre todo la definitiva y eficaz gestión para conseguir que terminase el litigio territorial con Nicaragua, sobre el que dictó fallo el rey de España en diciembre de 1906.

El presidente de la República de Guatemala señor Estrada Cabrera es, desde el 4 de agosto, Caballero Gran Cruz de la Orden civil española de Alfonso XII. El ilustre fundador de las fiestas de Minerva ha merecido, como pocos, tan preciada condecoración, que, como es sabido, sólo se concede por relevantes servicios prestados á la cultura general.

Es Guatemala uno de los Estados en que, relativamente, más se gasta en Instrucción Pública; en los presupuestos, la partida destinada á este ramo es la primera después de lo consignado para pago de intereses de la Deuda y para gobierno interior y justicia; Guerra, Fomento, Hacienda, Asuntos Extranjeros figuran después. Aparte las atenciones de la Deuda nacional, Guatemala invierte el 17 por 100 del total presupuesto de gastos en Instrucción Pública, es decir, el doble que España, donde la proporción no llega al 9 por 100.

En México aumenta la efervescencia política. Buena parte de los antiguos antirreeleccionistas desconocen la jefatura de Madero y la ofrecen al Dr. Francisco Vázquez Gómez, y frente á la candidatura de aquél para la presidencia de la República surge la del Licenciado Emilio Vázquez Gómez, hasta hace pocos días ministro de la Gobernación.

DOS HISTORIAS DE AMOR, POR JOSÉ SÁNCHEZ ROJAS, dibujo de Tamburini



Carlos, con timidez, se acercó á nosotras una tarde en que salíamos de paseo

I

¿MERCEDES SE CASA?

«Querida Lolita: Carlos pidió la entrada ayer. ¡Si vieras, chica, qué trance más apurado es ése!

»Llegó á las diez en el coche; desde la ventana espíaba yo el alto de la carretera. Llegó una hora más tarde el dichoso cochecito. ¡Cuando llegó me entró una alegría y, al mismo tiempo, un miedo! No sé lo que sentí al verle con su gorrita de viaje, con el cuello del gabán alzado, muertito el pobre de frío. Entró en casa en seguida; salió Jacinto, mi cuñado, á esperarle. Llegó al fin. ¡Qué trance, hija! Salí á recibirle al pasillo y no se me ocurrió nada; él, tan ocurente siempre, tan abierto de genio, estaba más simple que yo. Te aseguro, Lolita, que era un paso, ¡un paso!.. Bueno. Entró en el comedor; entraron con él mis padres; se habló del campo, de la política, de todas esas cosas tan pesadas. Y... ¡pum! Mi padre abordó el asunto. Carlos traía el consentimiento de sus padres; dió á los míos una carta. ¡Tengo una suegra más simpática, si vieras! Yo estaba muy colorada, chica, como un tomate. No era para menos. Papá nos dijo que aprobaba nuestros amores y que esperaba de él, de Carlos, que me quisiera mucho y que me respetara siempre. Carlos, el bobo, se emocionó. Respondió con un silencio que no olvidaré nunca.

»Luego, se deshizo la etiqueta. Almorzó Carlos á mi lado, alimentamos la chimenea y hablamos, hablamos. Llegó en seguida la una. ¡Cuidado que son cortas las horas en que está una con el novio! Aquí comió; tomó café con nosotros. Y no creas; él, que ha andado siempre de la ceca á la meca, que vive en Madrid, no se aburre de esta aldea. Es sencillo

en sus gustos; dice que la cocina de casa le recuerda la puchera de la suya; da gusto con él.

»¡Cuánto le quiero, Lolita! Perdona el desahogo, chica. Estoy loca de alegría, pero mi alegría es serena, agradable, apacible. Le adoro y no se lo digo. Quiero que él vea por un agujerito el corazón de su Mercedes, que es suyo, todo suyo, y no me atrevo á decirle nada. A veces me reprocha mi silencio, «mi sequedad», dice él; pero me mira y queda tranquilo.

»Me casaré pronto. Carlos piensa ganar estas oposiciones, las ganará y nos casaremos. ¡Hacía ya un año que lo veía! Y estará aquí sólo unos ocho días, que quiero aprovechar.

»Lolita: ¡qué dulce es sentirse amada, mimada, querida, por un hombre como Carlos! ¡Es para mí tan bueno! Dice que soy su madre, su hija, su hermana, su amiga; todo eso soy para él. Y lo demuestra. Me habla con confianza, con una intimidad tan hermosa, con un afecto tan serio y tan contenido. ¡Cuánto le quiero, Dios mío! A veces siento miedo por algo que no sé decirte. Se pone triste, se calla; me parece que hay algo de él que no me pertenece. El cariño que le tengo me hace pensar, á veces, cosas absurdas.

»Mira, Lolita. Ahora viene Carlos. Le veo desde aquí. Cierro la carta; perdona, chica. Ya te lo diré todo.

»Recibe muchos besos, muchos besos, de tu amiga

»MERCEDES.»

II

TRES AÑOS DESPUÉS

«Querida madre: Vine ayer á este pueblo. Hoy me ha dado posesión del Juzgado el juez municipal,

un abogadote que ha dejado la toga por la escopeta y que sabe de memoria todas las zarzuelas de Arniches. Luego fuí al casino, me presentaron á los primates y pude advertir que me toreaban para jugar. Y no lo consentiré. Quiero cumplir con mi deber sin intemperancias, pero sin vergonzosas debilidades.

»El pueblo es como todos los pueblos de Castilla. Una llanura inmensa, que se abraza con el cielo, le rodea. No hay un regato, ni un árbol, ni una suave ondulación montañosa. La gente, castellana vieja. Me parecen francos y simpáticos todos, así, á primera vista.

»Y anoche, mamá, tuve un disgusto horrible. Tú sabes que no quería venir aquí porque Mercedes se casó con un chico de este pueblo. Yo, mamá, he ido retorciéndome el corazón, callando, pensando que Mercedes no me pertenece. Hasta ahora, tengo la conciencia limpia. Pues verás; anoche tuve ya que actuar de juez. Fueron de caza varios, entre ellos el marido de Mercedes, á una dehesa del marqués de Sotogrande. Un cazador era novato; en un puesto soltó dos tiros á quemarropa á Luis Ruipérez, que así se llama el pobre marido de mi exnovia. Fuí con el escribano y los médicos y constituí el Juzgado en la dehesa; un verdadero jaleo. Tomé declaración al herido; metí en la cárcel al imprudente, que es un buen hombre, al parecer; llegó Mercedes... Tuve que hablar con ella. Adopté una postura correcta, afectuosa. Me parecía mi hermana. Aquel dolor mío, tan callado, serenóse al verla. Y Luis murió entre Mercedes, el escribano, el forense y yo. A mí—no me conocía, pero conocía mi historia de seguro—me estrechó las manos en silencio, antes de morir.

»Mamá: he sacrificado al placer de tenerte cerca la tranquilidad de mi corazón. Porque estoy como el que cae de la luna, atontado, despistado. ¡Por algo no quería yo venir aquí! Toma el tren y vente, madre mía. ¡Dichosa profesión la judicial!

»Ahora no sé si ir á dar el pésame á Mercedes. En el dolor, me parece sagrada. Siempre lo fué para mí. Verdad es que no quiso oírme después de nuestra ruptura, pero también lo es que yo di á aquél la campanada porque sí. Y la pobre tenía que casarse...

»Cumpliré mi deber. Hablaré conmigo á solas, en uno de estos monólogos brutales que me destruyen el alma, pero ten la seguridad de que no insultaré el dolor de Mercedes con una indelicadeza, ni faltaré tampoco á la estimación que á mí mismo me debo.

»Todo ello parece una novela. ¡Qué vida ésta!

»Adiós, madre, y recibe un abrazo fuerte, rabioso, de tu hijo

»CARLOS.»

III

MERCEDÉS, «JUEZA»

«Querida Lola: Mañana hace dos años que enteraron al pobre Luis. Y voy á decirte que me caso por segunda vez. ¿Con quién? ¡Pues con Carlos! Oye y no me taches de ligera.

»Carlos vino de juez aquí el mismo día que murió Luis. Ya sabes de qué manera murió el desgraciado. Carlos, como autoridad, intervino en aquello. Y en seguida se aisló de todo el mundo. Vivió en su Juzgado, con sus papeles, con sus libros. Por una delicadeza verdaderamente singular, no vino á darme el pésame. Me escribió una carta breve y efusiva. «Señora y amiga,» me llamaba el buen juez.

»A vivir con Carlos vino su madre. Y esta señora es amiga mía, desde que el botarate de su hijo me dejó por aquella madrileña—¡hace ya ocho años!—que casó con otro. La mamá de mi segundo y futuro marido, Doña Andrea, vino á verme, á coser conmigo por las tardes, acompañándome con asiduidad. Nunca me habló de Carlos. Así pasamos un año y pico. Luego, Carlos, con timidez, se acercó á nosotras una tarde en que salíamos de paseo por las afueras, después de un encierro largo.

»Luis el pobre no fué bueno conmigo. Yo le he perdonado, pero así es como te lo cuento. No dejó huella en mi corazón. Los ocho meses de nuestro matrimonio no fueron tranquilos ni felices. Tampoco, es cierto, fueron borrascosos. Luis — ¡Dios me perdone, pero en ti me confío del todo!—se distanció de mí muy pronto. Tenía sus amigotes, su partida del casino, sus cacerías; después de eso, su mujer.

»El caso es, como te iba diciendo, que Carlos se puso á mi lado, paseando yo con su madre, el día 4 de marzo del año pasado. Hablamos muy poco. Nada insinuó. Volvió á casa con su madre. Ya me insinuó un poquito, pero tan vagamente, que sería una loca entonces si hubiera levantado mi castillo de naipes. Hubo amistad íntima; nada más. Alguna

vez hablamos de aquellas relaciones pasadas, digo, habló él. Y en mí, mujer al fin, volvió á renacer una esperanza, que ni yo misma sabía en qué había de consistir. ¿En ser su amiga afectuosa, sin que entre nosotros jugase el amor para nada? ¿En ser su..., mujer? Yo era viuda, pobre, un poquito ajada acaso. Y

dentro de quince días. No hay ya arrebatos en él. En los ojos tiene una tristeza que me da pena; me mira largas y largas horas; un día le encontré... sollozando. Sí, hija, sí. Y me reveló el misterio.

»—Mercedes, me dijo, te quise siempre, siempre. Te casaste y callé. Pero siempre fuiste mi ángel bueno; mamá lo sabe. Hoy ya puedo decírtelo. ¿Me perdonas *aquello*?
»Le perdoné aquello y quedó concertada nuestra boda. Mi padre ha vuelto á ser amigo suyo; voy á ser pronto la *jueza*. ¿Tienes que recomendarle algún pobrecito preso, algún pleito enojoso?

»Vendrás á la boda; á su tiempo te invitaré oficialmente. Carlos, que sabe que te escribo, me encarga que te salude muy cariñosamente y que te escribirá.

»¿Me contarás en secreto lo que te diga, Lola?

»Te abraza esta viuda alegre que ha sido siempre tan triste

»MERCEDÉS.»



El príncipe de Nassau y su profesor, cuadro de Van Dyck, propiedad del marqués de la Boessiere

no me parecía del todo un disparate aquella esperanza.

»En fin, hija, abreviando, que un día Carlos, colorado hasta las orejas, me dijo: «Si yo pudiera ser *para ti*—¡dijo *para ti!*—el de antes;» que yo callé; que él, sabio en interpretar leyes, olió la buena que yo le tenía; que... nos casamos. Que nos casamos

pest en 1869, es uno de los primeros retratistas de la actualidad; basta consignar, para demostrarlo, que entre las altas personalidades retratadas por él figuran los emperadores y el príncipe heredero de Alemania, los reyes Eduardo VII y Alejandra de Inglaterra, el papa León XIII, el expresidente Róosevelt y otras no menos ilustres.



Los cuatro príncipes de la casa Gonzaga de Mantua, cuadro de Pedro Pablo Rubens



Condesa Greffuhle



Mrs. Asquith



Lady Northcliffe



El conde de Selborne

RETRATOS DE NOTABLES PERSONALIDADES INGLESAS PINTADOS POR EL FAMOSO ARTISTA HÚNGARO FELIPE A. LASZLO

BERNA.—CONCURSO PARA UN MONUMENTO Á LA UNIÓN TELEGRÁFICA INTERNACIONAL

La Unión Telegráfica Internacional, que tiene su residencia en Berna, ha querido solemnizar el vigésimoquinto aniversario de su fundación con la erección, en aquella ciudad, de un monumento. El Consejo federal suizo, encargado de llevar á la práctica este proyecto, convocó, en el otoño de 1909, un gran concurso para la presentación de modelos que simbolizaran la obra de unión que aquella entidad internacional está llamada á realizar, concurso al cual fueron invitados los escultores de todo el mundo.

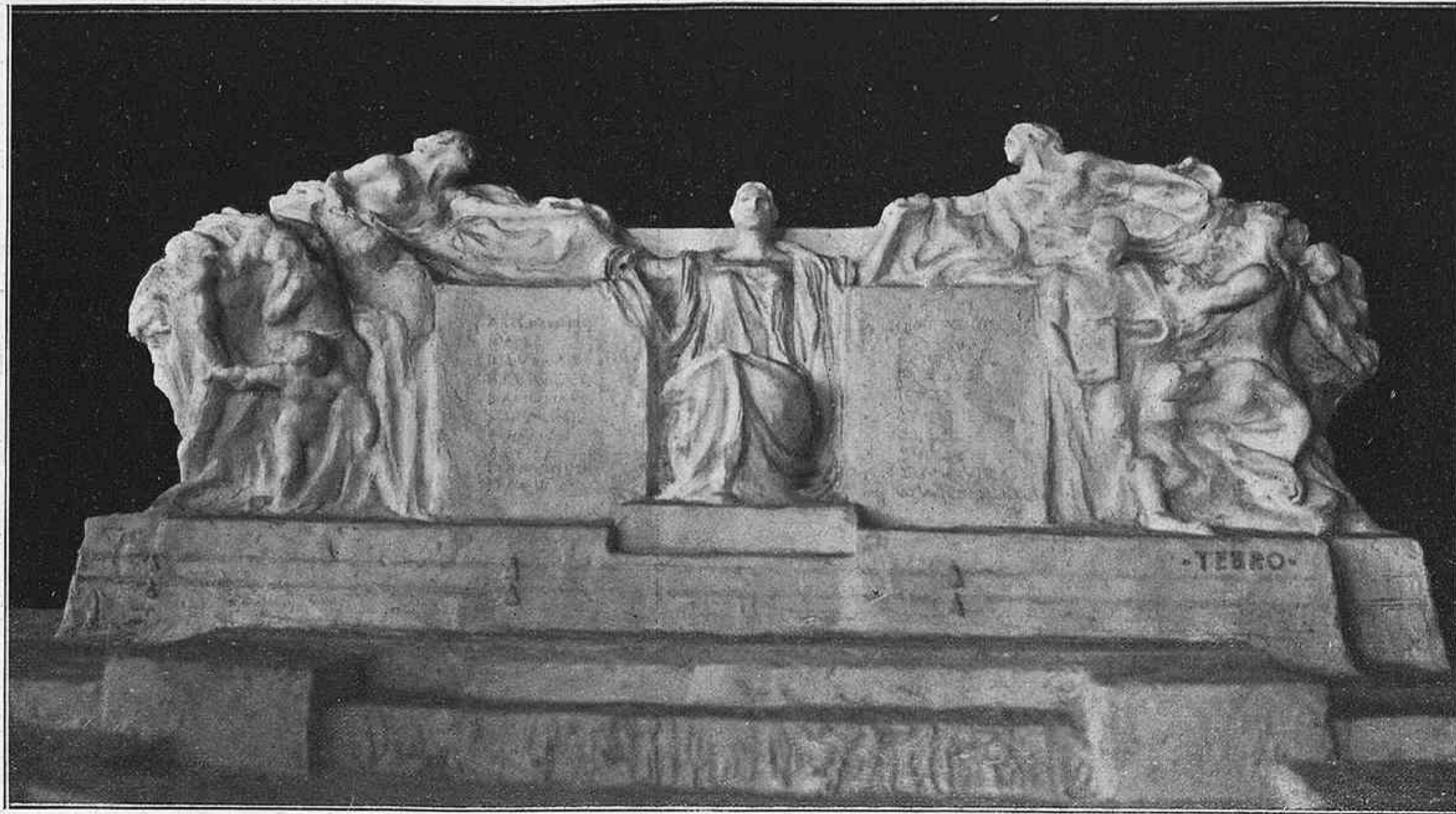
Por causas múltiples, que no es del caso analizar, aquel concurso, que se celebró el año pasado, resultó un fracaso, porque ninguno de los artistas que en él tomaron parte había resuelto el problema que en las condiciones del mismo se les planteaba. Los autores de los numerosos bocetos entonces presentados habían gastado tesoros de energía para inventar algo genial y

tiende sus manos al genio del Dolor y al de la Alegría, al lado de los cuales se ven dos grupos que re-

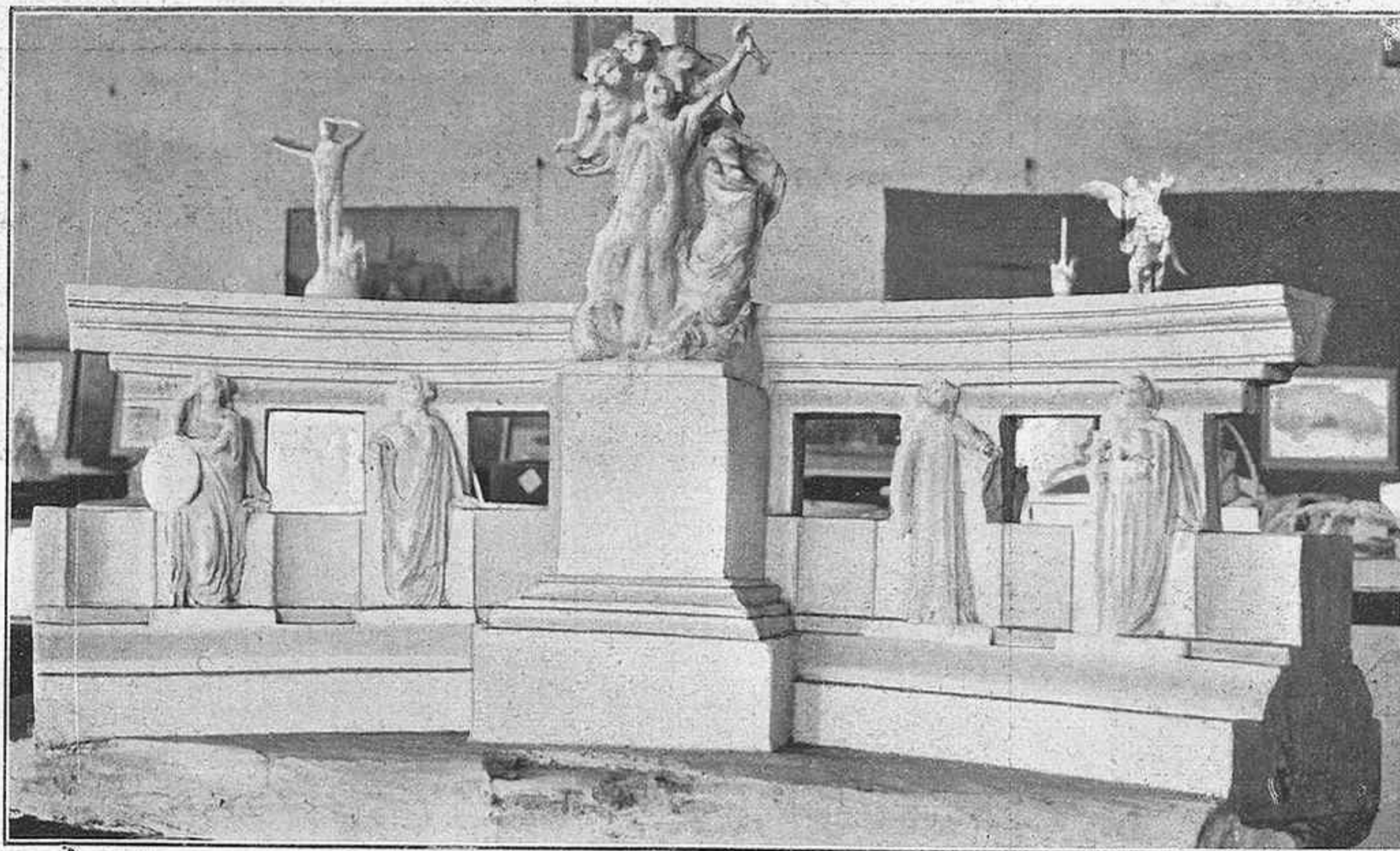
constituyen la Unión Telegráfica Internacional, y en la parte posterior del monumento, entre las dos últimas figuras de los grupos del Dolor y de la Alegría, queda reservado un espacio para la dedicatoria.

El monumento se elevará en el centro de un estanque, sobre un zócalo, alrededor del cual correrán varios alambres y aisladores como emblemas de la telegrafía. Las figuras serán de bronce y la parte arquitectónica de mármol, teniendo cada una de aquéllas una altura de dos y medio á tres metros. El monumento tendrá una anchura de diez y ocho metros por seis de profundidad; la altura del zócalo y del estanque será de tres á tres y medio metros.

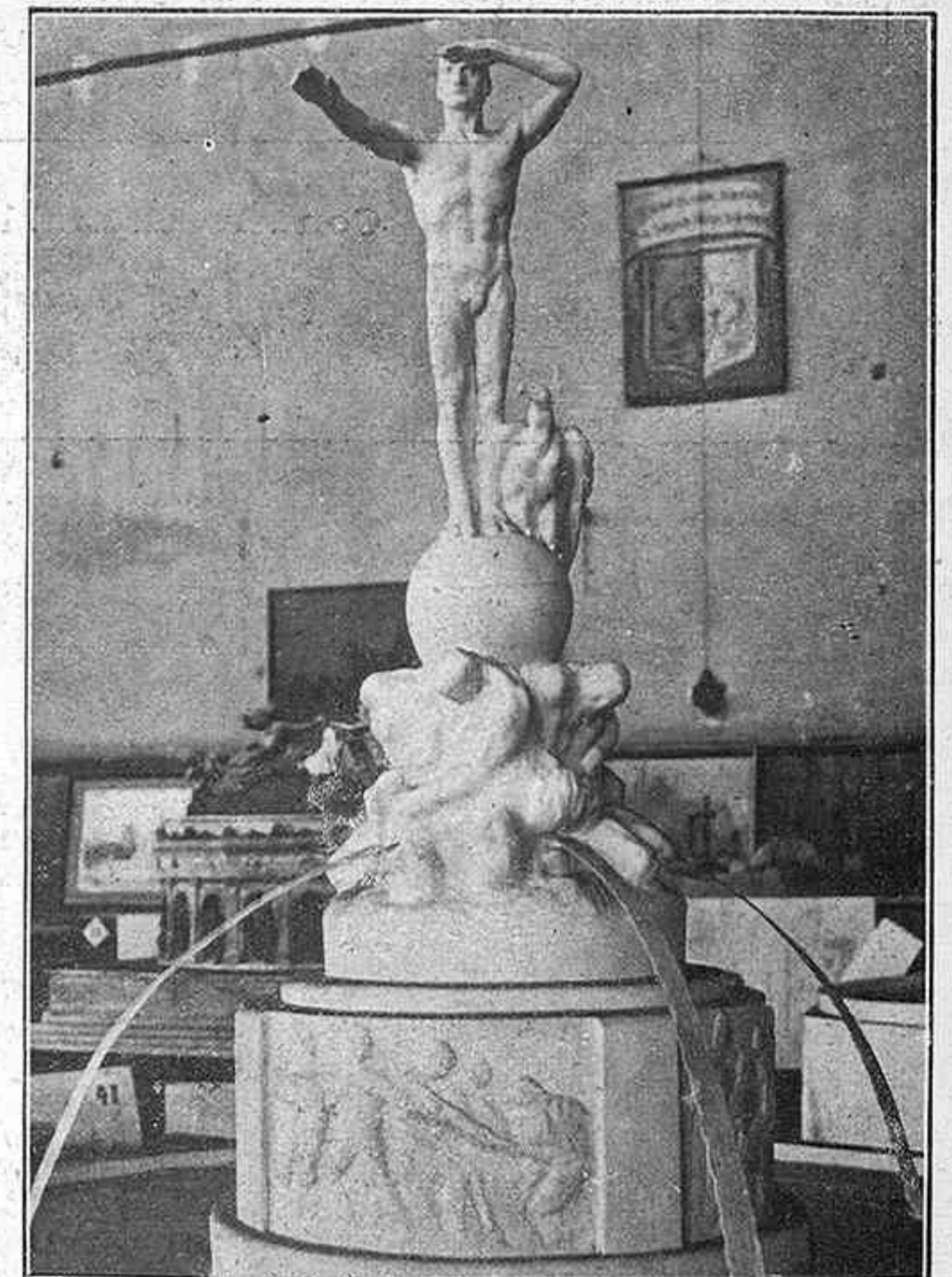
Los demás bocetos premiados son también muy notables, según puede verse en las reproducciones que publicamos en esta página.—R.



Boceto de José Romagnoli, de Bolonia. Primer premio. (De fotografía de Eugenio Munch.)



Boceto de Guido Bianconi, de Turín. Segundo premio. (De fotografía de Argus Photo-Reportage.)



Boceto de J. Müller, de Viena. Cuarto premio (De fotografía de Argus Photo-Reportage.)

fantástico que correspondiese al concepto que era base del concurso; pero ninguno había acudido á inspirarse en el arte puro, y ninguno, por consiguiente, logró lo que se proponía.

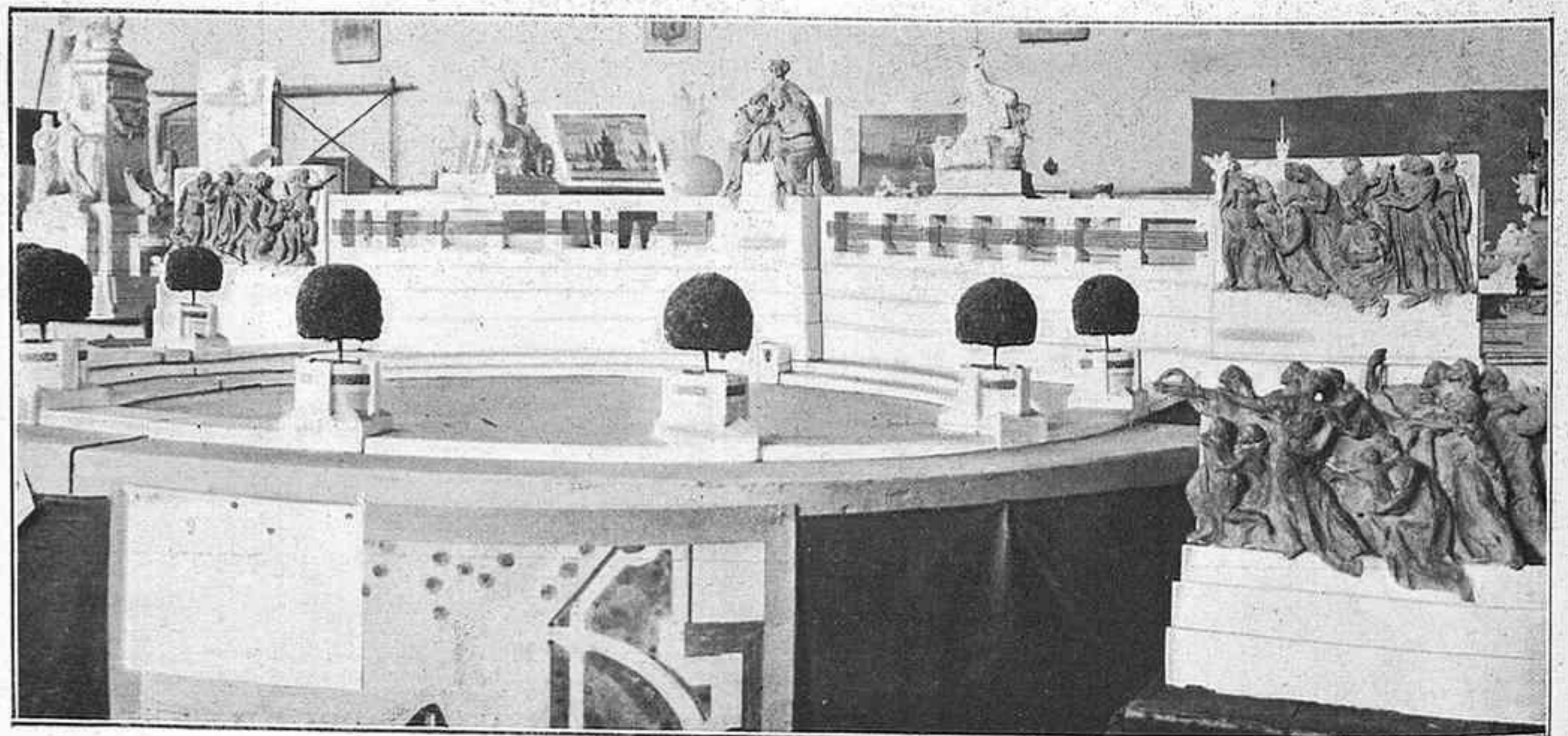
El jurado internacional declaró que ninguno de aquellos bocetos era digno de premio y anunció un nuevo concurso, no sin que de tal determinación protestasen artistas de toda Europa.

Este segundo concurso quedó cerrado en agosto último y en él se presentaron más de cien modelos, de los cuales fueron premiados los de los escultores italianos José Romagnoli, de Bolonia, y Guido Bianconi, de Turín, con los dos primeros premios; del escultor Beulé y del arquitecto Vaerwik, de Gante, con el tercero, y del escultor José Müller, de Viena, con el cuarto. En su consecuencia, Romagnoli queda encargado de la ejecución del monumento por el precio de 178.000 francos, y los demás han recibido 6.000, 5.000 y 4.000 francos respectivamente. Además, se han concedido cuatro premios de 1.250 francos á los artistas W. Pipping y J. Moest, de Colonia; H. Netzer y F. Pfann, de Munich; E. Dubois y R. Patouillar, de París, y E. Grenier, de París.

El boceto de Romagnoli simboliza la reunión de las almas de los pueblos por la Unión Telegráfica Internacional. Ésta hállase personificada en una matrona que, sentada en el centro del monumento,

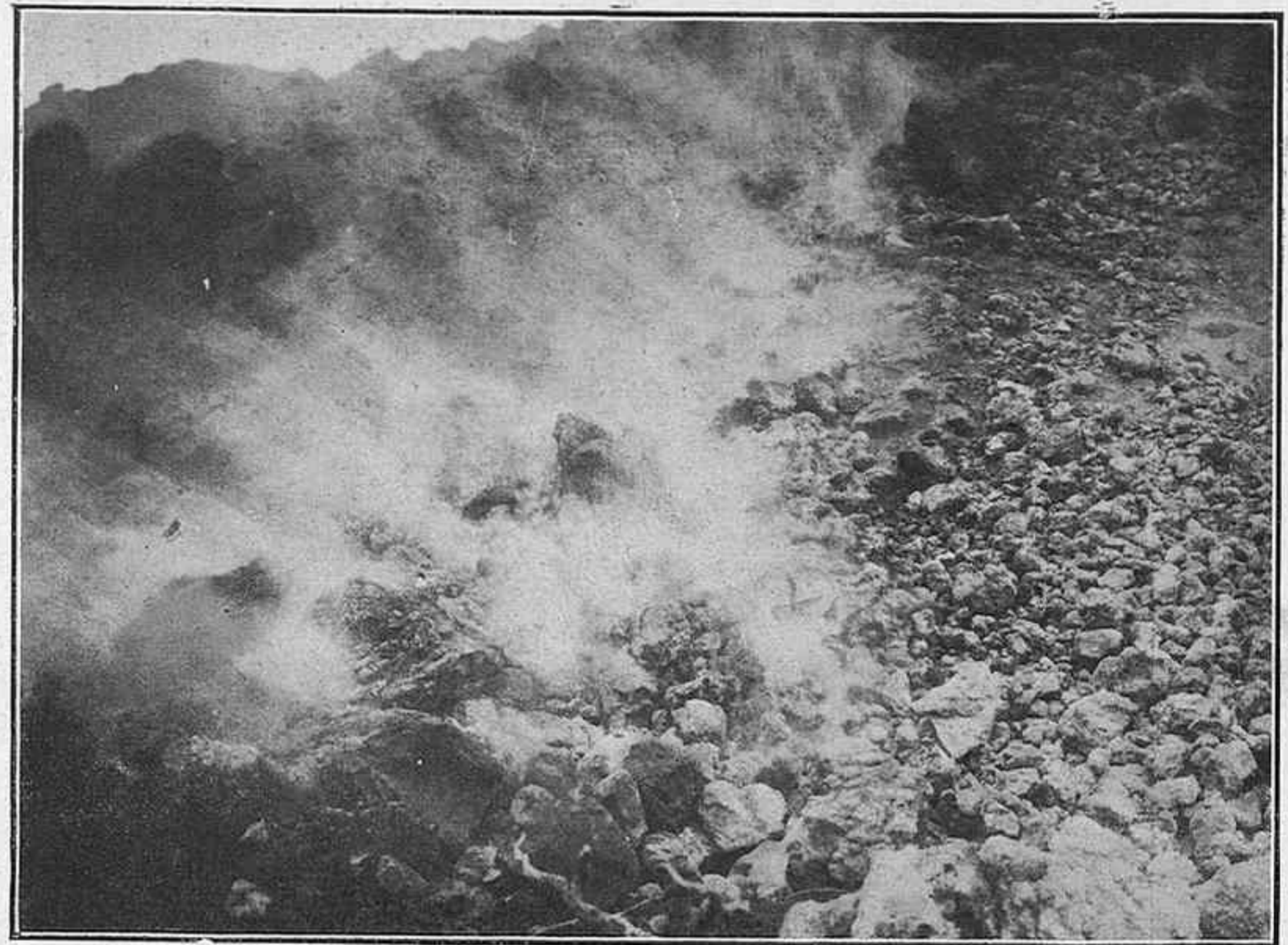
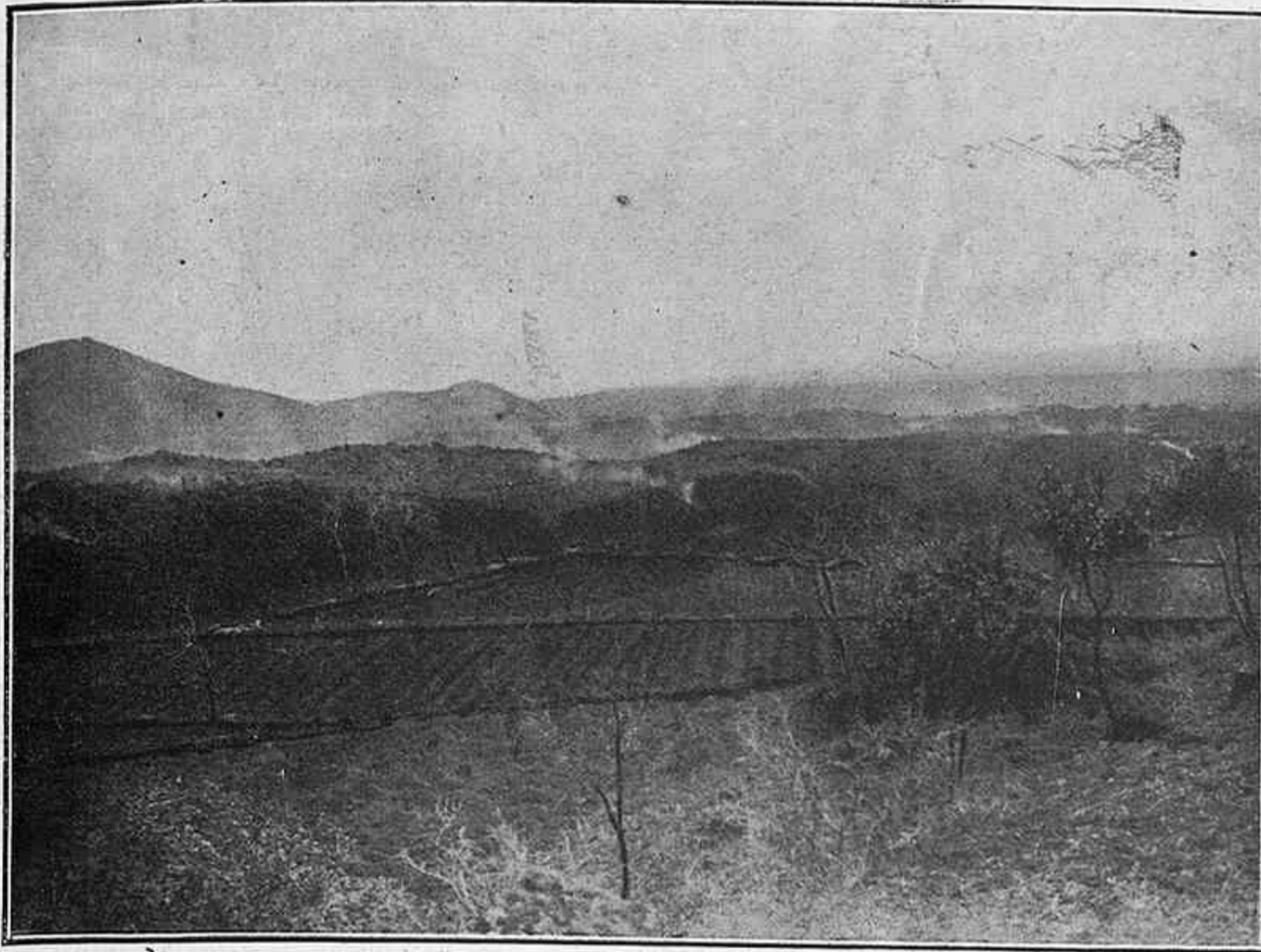
presenta estos dos sentimientos: en el primero, por medio de varias figuras de víctimas de la guerra, de una hermana de la Caridad, etc.; en el segundo, por medio de una pareja de esposos que se besan, de

una madre con su hijo, etc. A los dos lados de la matrona central, vense dos tablas en las que aparecen inscritos los nombres de los veinte Estados que



Boceto de Eloy de Beulé (escultor) y Valentin Vaerwik (arquitecto), de Gante Tercer premio. (De fotografía de Argus Photo-Reportage.)

LA ÚLTIMA ERUPCIÓN DEL ETNA. (De fotografías de Carlos Trampus y Argus Photo-Reportage.)



Vista tomada desde cerca de Catania y en la que se ven varios cráteres en erupción.—Masa de lava que desciende por la vertiente de la montaña.—Los aldeanos de San Leo invocando la protección de San Antonio de Padua.—Un operador cinematográfico impresionando una cinta cerca de los nuevos cráteres.—Gendarmes impidiendo que la muchedumbre se acerque a la lava que avanza.—Habitantes de Borello que abandonan la población amenazada por la lava.

Una nueva erupción del Etna ha devastado recientemente las comarcas vecinas del tristemente célebre volcán. Setenta y nueve cráteres han vomitado durante más de una semana millones de metros cúbicos de lava que, formando una masa ígnea imponente, ha realizado su terrible obra de devastación asolando campos, viñedos, bosques y caseríos, cortando caminos y llevando el luto y el espanto á los desgraciados habitantes de aquel país.

La masa de lava ha alcanzado en algunos puntos una anchura de 500 metros y una altura de 40 y ha llegado á correr en ciertos momentos á razón de 500 metros por hora.

Esta erupción ha revestido proporciones que ninguna de las anteriores, en muchos siglos, alcanzara, pues las secciones eruptivas superior é inferior se han unido en una sola formando un campo de lava de más de cinco kilómetros de largo que arrancaba de los cráteres *Humberto*

y *Margarita*, que datan de 1879 y están situados á 2.277 metros, y descendía hasta los de 1809 que se hallan á 1.400 metros de altitud. La erupción ha ido acompañada de violentas sacudidas seísmicas y la lluvia de cenizas ha llegado á más de 200 kilómetros de distancia.

Los habitantes de muchas poblaciones las abandonaron, buscando en la fuga la salvación de sus vidas, ya que no podían evitar la pérdida de sus haciendas. En otras aldeas los vecinos organizaron procesiones y rogativas, sacando á la calle las imágenes de los santos de su especial devoción é impetrando de ellos que los preservasen del espantoso azote.

Los daños causados por la erupción son incalculables. Para formarse idea de los mismos, bastará decir que la corriente de lava se dividió en cuatro inmensos brazos, cada uno de los cuales ha devastado comarcas extensas y pobladas de ricos cultivos. — S.



ESTATUA DEL GENERAL STEUBEN regalada al emperador de Alemania por el gobierno de los Estados Unidos, reproducción de la que se erigió en Wáshington en honor de aquel militar ilustre por los servicios que prestó al pueblo norteamericano durante la guerra de la Independencia



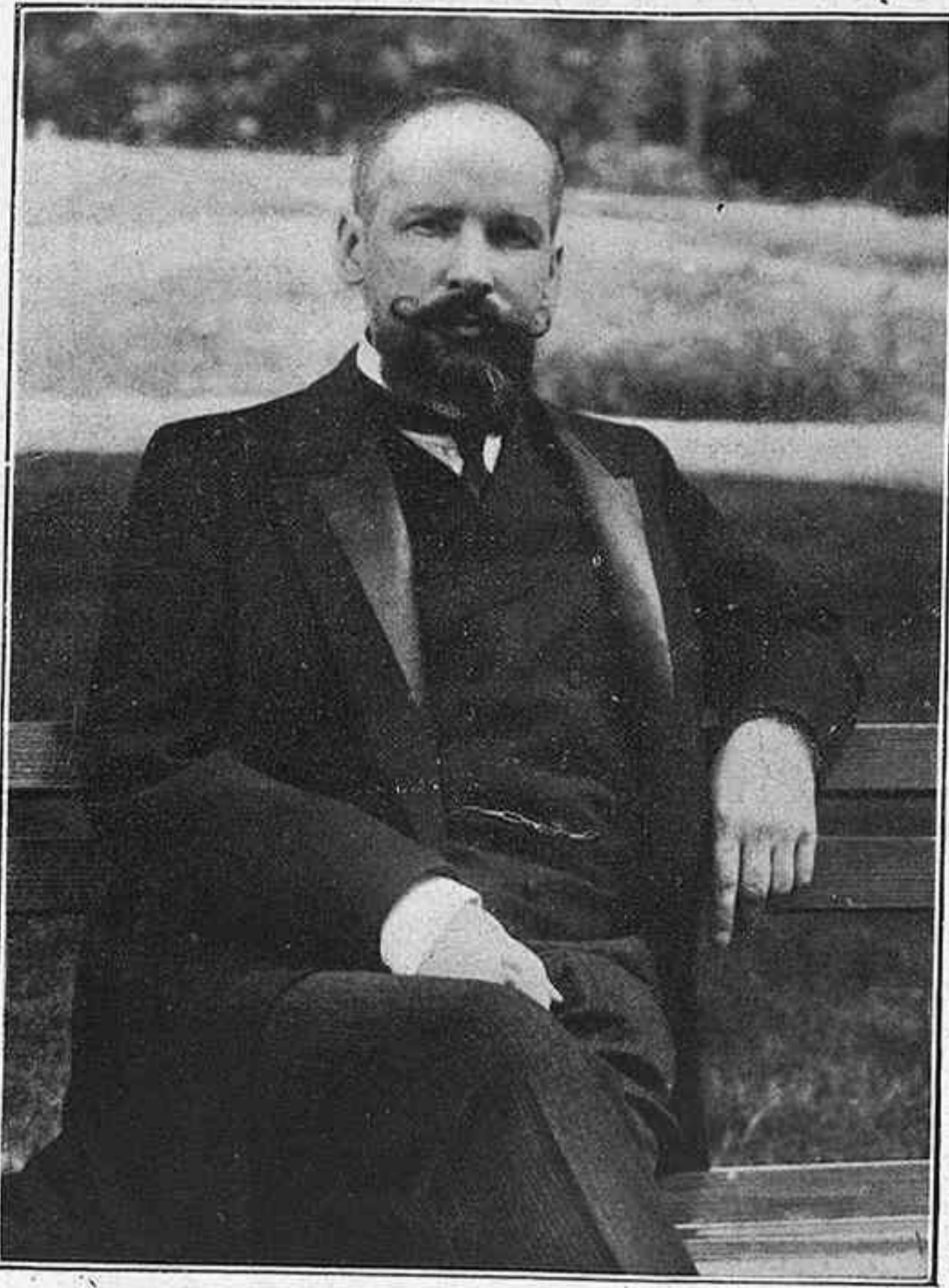
La escalera de Santa Lucía de Nápoles, cuadro de Vicente Caprile



Un rincón de la vieja Nápoles, cuadro de Vicente Caprile. (De fotografías de Carlos Abeniagar.)

PEDRO STOLYPINE

En uno de los entreactos de la función de gala que el día 14 de este mes se celebraba en el teatro de la Ópera de Kiew y á la que asistía el czar, un joven abogado revolucionario socialista disparó tres tiros contra el ilustre presidente del Consejo de Ministros de Rusia Sr. Stolypine, quien sucumbió cuatro días después á consecuencia de las heridas que recibiera. Pedro Arkadiewitch Stolypine nació accidentalmente en



Pedro A. Stolypine, presidente del Consejo de Ministros de Rusia, fallecido el día 18 de los corrientes víctima de un atentado. (De fotografía de Harlingue.)

Dresde en 1863, estudió en la Universidad de San Petersburgo y en 1884 entró como funcionario en el ministerio del Interior. En 1888 fué elegido mariscal de la nobleza, en 1902 designado para el gobierno de Grodno y en 1903 para el de Saratof. En 1906 desempeñó la cartera del Interior en el ministerio Goremkyne y al dimitir éste, pocos meses después, el czar le encargó de la presidencia del Consejo.

Hallábase entonces Rusia en pleno período revolucionario y Stolypine hubo de luchar con grandes dificultades. En aquella época ocurrió el horrible atentado perpetrado en la quinta que Stolypine poseía en una isla próxima á San Petersburgo, atentado del que resultaron herido él y muertos dos de sus hijos.

En marzo último púsose en pugna con el Consejo del Imperio por no querer éste votar su proyecto concediendo cierta autonomía á algunas provincias. Dimitió entonces, pero el czar le reiteró su confianza y le mantuvo al frente del gobierno.

Stolypine, hombre de grandes talentos y de grandes energías, representaba en el poder un espíritu de templanza en los procedimientos de gobierno. Gracias á él Rusia ha podido, en poco tiempo, reponerse de las pérdidas de la guerra japonesa,

riores de su país, sino también en los problemas de la política internacional.

EL GLOBETROTTER DR. ZAMPICENI

Recientemente ha estado de paso en esta ciudad el *globetrotter* italiano Dr. Héctor Zampiceni, médico y capitán de la armada, que recorre el mundo á pie para ganar el premio de 300.000 liras que una sociedad de Milán ha ofrecido al que recorra andando 65.000 kilómetros.

El Dr. Zampiceni salió de Milán el día 20 de abril de 1903 con otros cuatro compañeros, y juntos anduvieron por buena parte de Europa, pasando luego á Egipto y al Sudán y recorriendo después parte de Asia. Dos de sus compañeros fueron asesinados en África y los otros dos desistieron de terminar la expedición por falta de resistencia.

En Ceuta se le agregó un joven moro que servía en la policía indígena española y que se propone acompañarlo hasta Milán.

El *globetrotter* lleva un magnífico perro que, con su admirable instinto, le ha salvado la vida en varias ocasiones.

El Dr. Zampiceni, que hace grandes elogios de la buena aco-

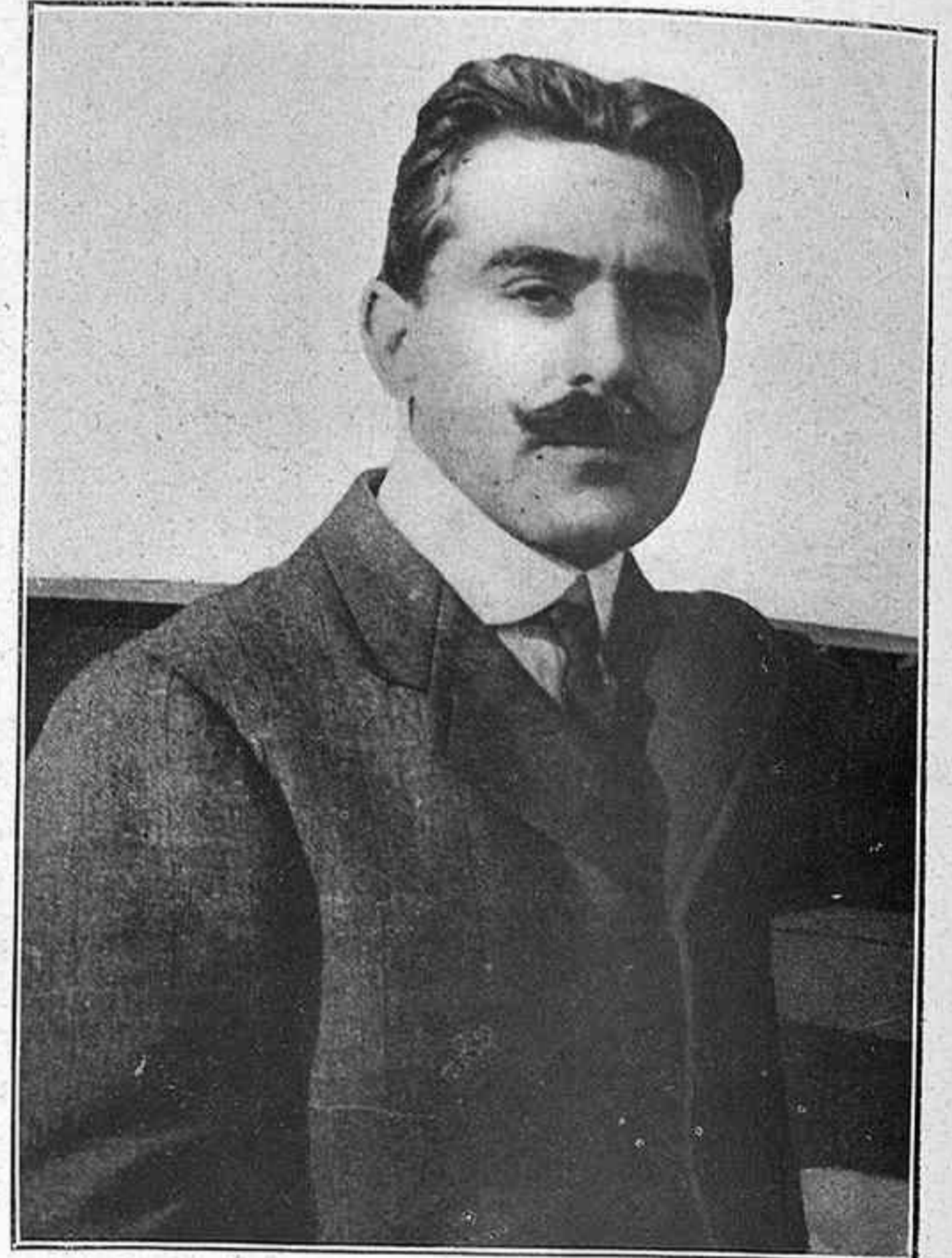


El globetrotter italiano Dr. Zampiceni, que recientemente ha estado en Barcelona. (De fotografía de nuestro reportero Sr. Merletti.)

gida que en todas partes de España y muy especialmente en Cataluña y en Barcelona ha encontrado, salió de aquí para Gerona, Figueras, La Junquera y Perpiñán desde donde se encaminará á Milán, después de haber recorrido los 65.000 kilómetros.

no francés se resolviera á extremar la vigilancia de los terrores inmensos que sus colecciones públicas encierran y á adoptar varias medidas que las pusieran á cubierto de golpes de audacia tan incomprensibles como el de que ha sido objeto el sin par retrato de Mona Lisa.

Una de estas medidas ha sido destinar por de pronto á la vigilancia del Louvre perros de los llamados de policía y á este efecto el Sr. Pujallet, director de los museos nacionales de Francia ha escogido en el Club de los perros policíacos de Charentón dos magníficos ejemplares, un groelandés y un malinés llamados *Jacques* y *Milord* respectivamente que después de adiestrados para las nuevas funciones á que se les destina, han comenzado, desde hace algunos días, á prestar servicio.



El aviador Eduardo Nieuport, fallecido el 16 de los corrientes á consecuencia de una caída del aeroplano durante las maniobras militares franceses. (De fotografía de Branger.)

EL AVIADOR NIEUPORT

El conocido constructor aviador Eduardo Nieuport que, como zapador reservista, tomaba parte en las maniobras militares recientemente efectuadas por el ejército francés, sufrió el día 15, en el campo de aviación de Charny, cerca de Verdún, una caída terrible, de la que falleció al día siguiente.

Eduardo Nieuport, que éste era su verdadero apellido, contaba treinta y seis años y desde muy joven se dedicó con pasión á los deportes. El automóvil fué luego su especialidad en la que alcanzó gran renombre no sólo como deportista sino como inventor, debiéndose á él varios aparatos utilísimos.

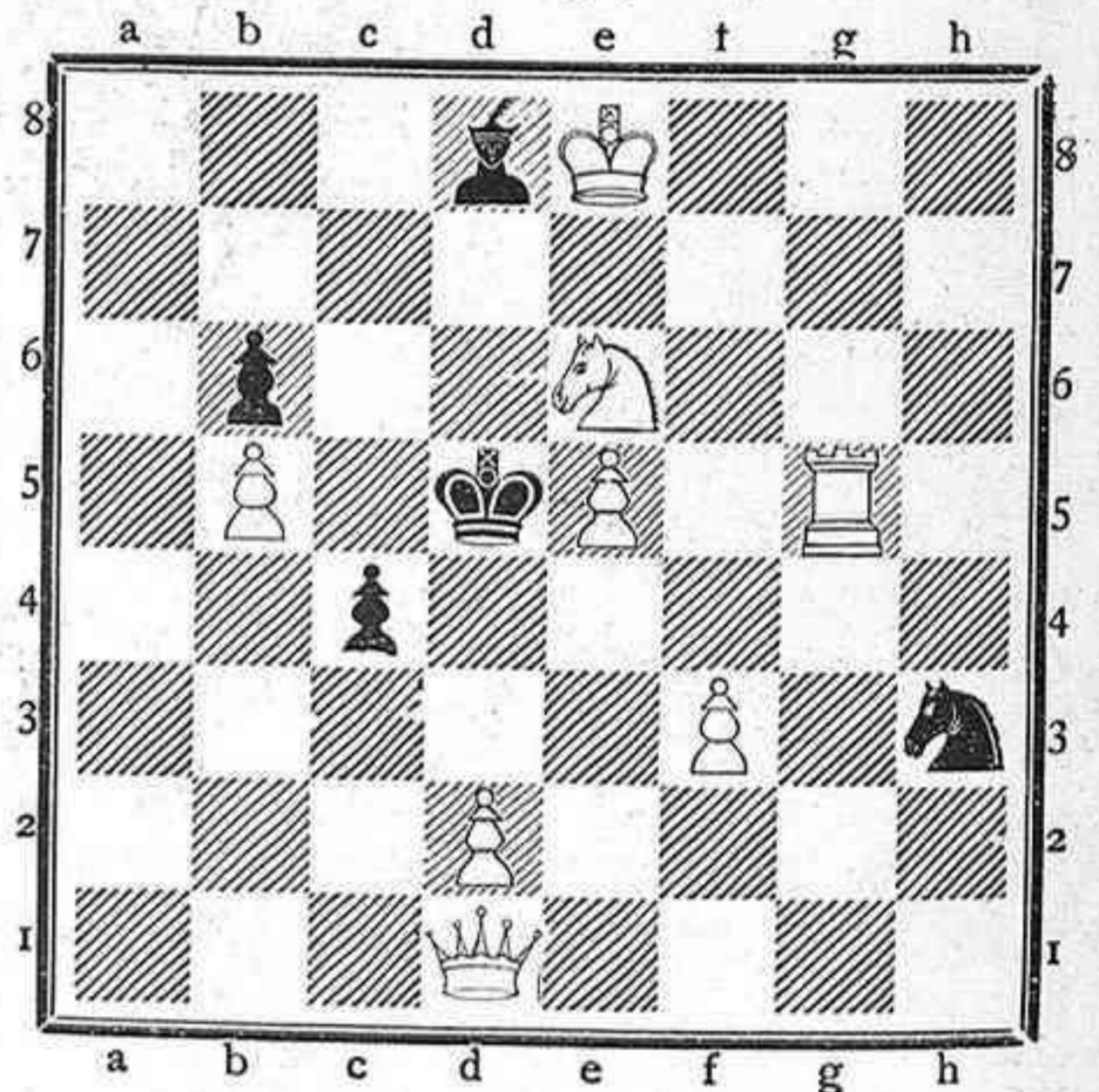
Un hombre de tanta inventiva había de interesarse necesariamente por la aviación, y en efecto él mismo construyó un aparato con el cual alcanzó varios records.

El ministro de la Guerra visitó el cadáver del infortunado Nieuport y puso sobre su pecho la cruz de la Legión de Honor.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 570, POR Z. MACH

NEGRAS (5 piezas)



BLANCAS (8 piezas)

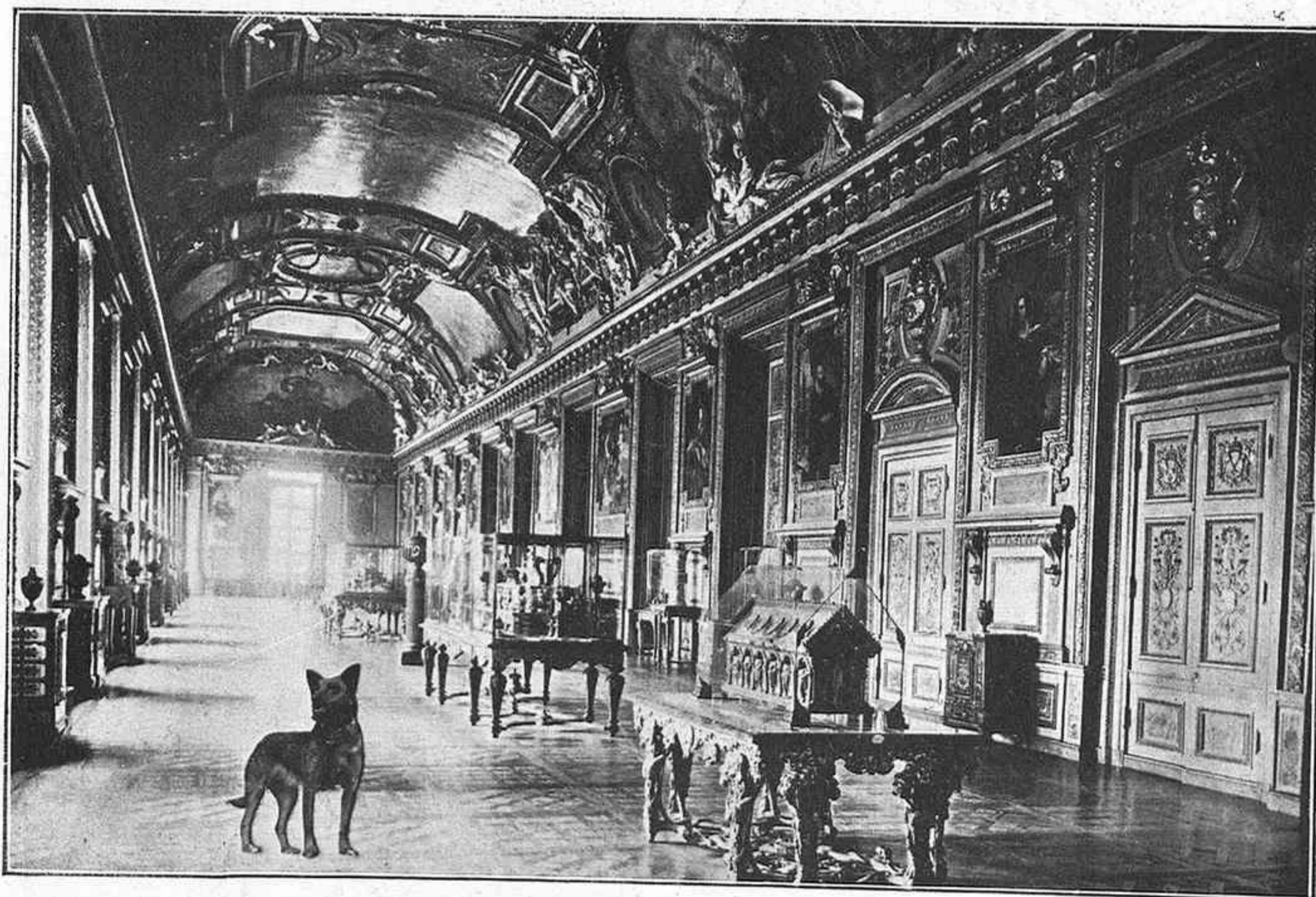
Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 569, POR W. A. SHINKMAN

- | | |
|--------------------|----------------|
| Blancas | Negras |
| 1. D c 3 - h 3 | 1. c 6 x d 5 |
| 2. b 2 - b 4 jaque | 2. Cualquiera. |
| 3. D mate. | |

VARIANTES.

- | | |
|-------------------|----------------------------|
| 1... c 4 - c 3; | 2. D h 3 - d 3, etc. |
| 1... R c 5 - d 4; | 2. A c 1 - e 3 jaque, etc. |
| 1... R c 5 x d 5; | 2. D h 3 - f 5 jaque, etc. |



París.—Vigilancia del Museo del Louvre por los perros de policía. El perro «Milord» en la sala de Apolo. (De fotografía de Branger.)

reconstituir su ejército y su armada y mejorar considerablemente su hacienda.

Su muerte ha causado extraordinaria impresión en todo el mundo é influirá poderosamente, no sólo en los asuntos inte-

PARÍS.—PERROS GUARDIANES DEL LOUVRE

El robo del famoso cuadro de Leonardo de Vinci, *La Gioconda* ha sido un nuevo toque de atención para que el gobier-

LA COLECCIONADORA

NOVELA ORIGINAL DE J. H. ROSNY.—ILUSTRACIONES DE SIMONT. (CONTINUACIÓN)

—Creo que con seguridad le encontraría á no ser que hubiese alguna rendija por donde pudiera desaparecer.

—No hay ninguna rendija... Y sin embargo, he buscado este sobre con encarnizamiento, sin poder encontrarlo, y después, ahora mismo, lo he hallado sin la menor dificultad.

—¡Es muy extraño!, dijo suavemente el grabador. Pero, después de todo, quizás estaba usted demasiado nerviosa..., ó demasiado cansada..., en el cual caso puede acontecer que uno se obstine en no hacer un determinado movimiento que ha de decidir la búsqueda... Es algo así como prestidigitación por hipnotismo..., contra sí propio...

—He aquí una explicación que me parece bien extravagante, dijo la solterona sonriéndose burlescamente.

—Convengo en ello; pero en resumidas cuentas, el hecho de mirar y remirar un paquete y no encontrar en él una determinada carta es bien conocido..., aun después de haber mirado las cartas una á una... Supongo que cuando esto ocurre es porque no se han mirado todas..., que por una casualidad ó por un instinto á la inversa, se padece una distracción cada vez que se llega á la carta que interesa...

Estas razones parecieron bastantes satisfactorias á Isabel.

—¡Allá veremos!, exclamó.

Había dejado el testamento en su sitio y no volvió á sacarlo; al contrario, decidióse á cerrar el mueble.

—¿De todo esto no dirá usted á nadie una palabra?, preguntó.

—Se lo prometo á usted.

—Perfectamente... No le concibo á usted faltando á una palabra empeñada... Por otra parte, es posible que algún día le recuerde á usted todo esto...

No sabía á punto fijo en qué ocasión podría recordárselo. Conservaba cierta «repulsión» á su testamento y comprendía que no lo tocaría voluntariamente sin la presencia de un testigo... Y añadió con una sonrisa dura que ella se figuró jovial:

—¿Ha visto usted dónde he dejado el sobre?.

Iba á proseguir pero, mudando de intento, preguntó con brusquedad:

—¿Qué opina usted de mi sobrino?

Carlos Jorge, adivinando la sospecha que traspasaba la pregunta se escondía, respondió sin titubear:

—¿En qué concepto? Como editor, pienso que es una gran injusticia que no haya tenido suerte, pues le creo superior á todos; como hombre, nadie le gana en generosidad..., y yo le profeso cariño profundo.

—¿Y le es usted fiel?

—Sin la menor reserva, señorita.

—Sí, es muy propio de usted... Ese carácter le llevará á usted al hospicio..., si no tiene usted la feliz ocurrencia de largarse del mundo antes de llegar á viejo... Ea, le dejo á usted para que trabaje.

Carlos Jorge trabajó menos mal de lo que se imaginaba y terminada su tarea se fué lentamente á su casa bajo un cielo preñado de nubes, llevando en su

alma el terror del peligro evitado, y reviviendo aquella angustia atroz que había estado á punto de delatarle. Estaba también sorprendido del modo como

universo melancólico y eternamente moribundo adquirió de pronto una claridad sobrenatural: la «luz de Jacobita» lo había iluminado, y Laty volvió á verlo

joven, temible, patético, exuberante de vida y lleno de orden misterioso. El azar ridículo desvaneciéndose, y palpó la belleza en cada onda del Sena y en cada chimenea de la ciudad. Pero al mismo tiempo volvió á sentir temor y vió bajo un nuevo criterio la sucesión de los acontecimientos, todo lo que podía germinar en la mente de la solterona, todo lo que las innumerables combinaciones del mundo podían acumular para perder á Ferronnaye. La misma Casualidad se le apareció como una especie de Orden, como una Ley obscura y apasionante.

Y Laty prosiguió lentamente su camino, llena la mente de ideas negras, llena también el alma del pesar de que *aquello* hubiese sido necesario.

Ahora tenía prisa por acabar el grabado de Díaz, así es que cada día iba más temprano al bulevar de La Tour-Maubourg y salía de allí más tarde. Cada vez que llamaba á la vieja puerta encarnada, sentía desfallecer el corazón y una cobardía abrumante se apoderaba de todo su ser; pero en cuanto entraba en la casa recobraba el valor y cuando había visto á la señorita Ferronnaye, experimentaba un gozo, una sensación de sosiego que le duraba varios días.

Pronto advirtió que la solterona sentía una especie de placer singular hablándole, prediciéndole una vejez desgraciada; y la verdad es que la vaga simpatía que el grabador había despertado en la coleccionadora iba arraigándose y desde la aventura del testamento casi se había convertido en afecto. La seguridad que Carlos Jorge le inspiraba, la idea indecisa de que se fiaría más bien de él que de cualquier otro en una circunstancia grave, fortalecían aquel sentimiento. Pensaba con

más frecuencia en su decrepitud y pensaba en ella tanto más, cuanto que una tarde, en el salón de ventas, había estado á punto de desmayarse.

«Me moriré de repente,» decíase á menudo.

Esta creencia, sin embargo, no la afligía mucho; su modo de tener apego á la vida tenía algo de deporte. En otro tiempo se había propuesto llegar, cuando menos, á octogenaria y varias veces se había repetido á sí misma esta apuesta. Pero á pesar de todo, la idea de la nada le infundía gran miedo, y de aquí que de día en día estuviese más preocupada,

Cuando se daba cuenta de esas pequeñas distracciones tan frecuentes en las personas de su edad, experimentaba cierta tristeza; y por más que multiplicaba los signos mnemónicos, cada día comprobaba la profundidad del agua en donde su memoria se hundía.

Entonces empezó sus preparativos para la partida suprema; quería marcharse de este mundo dejando todas sus cosas en orden. Antes creía tenerlo todo arreglado; pero ahora la cuestión del testamento la preocupaba, primero porque aun conservaba algunas sospechas y luego, cuando se persuadía de que el



Y sin embargo, he buscado este sobre con encarnizamiento, sin poder encontrarlo

los acontecimientos se enlazan y desenlazan. ¡Qué hermosa lección de cosas! ¡Haber sido él el confidente de la coleccionadora! Ello era el símbolo del juego del escondite que preside los destinos humanos.

Detúvose para contemplar el río. La inmensa corriente arrollaba confusamente en su curso el incendio de las nubes de cobre y topacio; el gran azufrador parisiense elevaba al cielo sus torres, sus arcos, sus palacios de color de añil, sus casasapestadas de carne humana.

«¿Qué es lo que hace Carlos Jorge en todo ese ambiente lamentable?» se dijo.

Y su terror se fué, por decirlo así, con la corriente del río. Las acciones y las alegrías le parecieron una puerilidad monstruosa; en aquel nihilismo colosal la insignificante partida empeñada con la señorita Ferronnaye no tuvo, á sus ojos, más importancia que la partida de volante que dos niñas jugaban al pie del puente, en el ribazo. «Porque de ello no puede resultar ningún mal..., ningún mal...,» decíase acentuando cada sílaba. Y sin embargo, habríale gustado no estar metido en aquel asunto.

Mientras estaba sumido en estas meditaciones, el

error le era imputable, porque temía cometer alguna tontería, es decir, lo contrario de lo que era su voluntad. Lo más seguro sería indudablemente depositar el testamento en casa de un notario, y sin embargo esta precaución no le parecía suficiente; había tenido siempre poca confianza en los notarios y aunque no sentía contra ellos el horror que le inspiraban los médicos, de todos modos tenía una verdadera manía.

Por otra parte, comenzaba a pensar en alguna cláusula adicional, algún codicilo; pero no estando aún bien decidida, no quiso obrar con precipitación. Sus indecisiones le hicieron adoptar una resolución provisional.

Una tarde, cuando Lety terminaba su tarea, le dijo:

—Caballero, ¿quiere usted hacerme un favor?

Y al ver que él la miraba atónito, añadió con su brusquedad acostumbrada:

—¡Oh! Un favor que nada le costará a usted..., un favor que pediría a mi criada si ésta no fuese tan estúpida, solapada y falta de memoria. Deseo que me guarde usted una llave..., hasta que yo se la pida.

Carlos Jorge pensó en seguida que debía tratarse de la llave del bufete y el extraño cambio de modo de ser que esto suponía en la solterona le impresionó. A punto estuvo de contestar con una negativa; pero, dominado por el fatal absurdo de las circunstancias, no la formuló, limitándose a contestar con una vaga sonrisa:

—No intentaré saber qué clase de favor puedo prestar a usted accediendo a lo que me pide.

—Prefero que lo sepa usted; no quiero que vea usted en ello un simple capricho. Sepa usted que hay en ese mueble un documento al que doy mucha importancia y que usted ha visto en mis manos, mi testamento. Como muchas personas, me interesan en gran manera mis últimas voluntades y me sería muy doloroso morir pensando que pudieran dejar de ser cumplidas... Pues bien, no estoy muy segura de mi memoria y temo mudar de sitio cualquier día el documento y no acordarme más de dónde lo habría dejado. Necesito, por decirlo así, una intervención hasta que me resuelva a tomar medidas definitivas... ¿Quiere usted ser esta intervención?

—Con mucho gusto, señorita, con la condición, empero, de que nunca he de entrar solo en este salón.

—Esto quedará entre los dos, replicó Isabel encogiéndose de hombros, y no le creo a usted capaz de una deslealtad.

Estas palabras cayeron sobre el corazón de Carlos Jorge como una paletada de tierra.

—Se lo agradezco a usted, contestó con firmeza, aunque con los ojos bajos; pero me es imposible aceptar tal confianza; es menester que convengamos en que jamás entraré solo aquí.

—¡Como usted quiera! Pero es una niñería, porque ese mueble no contiene más que objetos sin valor, como va usted a verlo, ya que es menester que compruebe usted la presencia del testamento.

Y diciendo esto, abrió el mueble que, en efecto, aparte del catálogo, algunos papeles sin importancia y unos cuantos recuerdos vulgares, no contenía más que el sobre fatídico.

—Ya lo ve usted, dijo.

Y extendió rápidamente en una hoja de papel el resultado del inventario, del que sacó una copia para entregársela a Lety. Después volvió a cerrar el bufete.

—¡Ya estoy tranquila!, exclamó. Cuando habré tomado mis disposiciones, comprobaremos juntos si el testamento está en su sitio.

—¿Piensa usted modificar en algo sus últimas voluntades?

—No estoy del todo resuelta a ello; es sólo una idea y me bastará añadir un codicilo.

Quince días después, concluía al fin Lety su grabado. Había creído que ello le procuraría un gran sosiego, y por el contrario inquietábase de no ver ya a Isabel y le parecía que cosas desconocidas, misteriosas se amontonaban contra Ferronnaye y contra Jacobita.

«¡Es absurdo!, se decía. Estoy en el centro de los acontecimientos y nada sucederá sin que yo lo sepa, porque, al fin y al cabo ¿qué puede descubrir la señorita Ferronnaye sin la llave? Y por otra parte, si hace un codicilo ¿no es esto una prueba de que piensa volver más ó menos sobre su antigua resolución?»

Tampoco estaba muy tranquilo respecto de Antonio. ¿Acaso no le hacía él algo de traición? ¿No le debía una parte de la verdad, aquella parte de la cual no se le había exigido el secreto? La solterona, después de todo, sólo había reclamado silencio sobre la primera escena; en cuanto a la llave y a sus inten-

ciones testamentarias nada había dicho. Sí, pero es que ella creía sin duda que la primera petición englobaba el conjunto de los acontecimientos.

«Todo se reduce a lo siguiente, pensaba: si la señorita Ferronnaye hubiese exigido una nueva promesa ¿habría yo accedido ó no a ello?»

Parecía que no. Unido como estaba al editor, podía callarse sobre una circunstancia sin consecuencias, pero no sobre una serie de cosas enlazadas con el testamento.

En todas estas cosas pensaba melancólicamente un sábado mientras se dirigía a casa de Ferronnaye para asistir a la comida hebdomadaria. Como de costumbre, llegó antes que Antonio y se encontró solo con Irene y Jacobita. La joven estaba pálida y nerviosa, había en sus hermosos ojos un no sé qué de amarga rebeldía y de asco, y mientras su madre y Carlos Jorge conversaban, ella retorció su pañuelo y parecía hacer grandes esfuerzos para no llorar. El grabador, que observaba al sesgo las menores contracciones de aquel rostro maravilloso, se estremeció de dolorosa piedad.

Ausentóse Irene unos momentos llamada por la cocinera, y Carlos Jorge aprovechó aquella coyuntura para preguntar a Jacobita:

—¿Se siente usted mal?

—Quizás sí; no lo sé..., padezco tanto de cuerpo como de espíritu... ¡No puedo más!

Miráronse largo rato en silencio y luego ella murmuró:

—Probaré de explicarme..., más tarde..., si tenemos tiempo.

El regreso de Irene interrumpió el diálogo. Carlos Jorge quedóse triste y al mismo tiempo encantado, exaltado en la espera de la confidencia. Reinó entre los tres personajes un silencio altamente significativo, un silencio contraído, denso, casi insoportable que hizo que todos acogieran con alegría la llegada de Antonio. Éste, en cambio, hallábase en una crisis de felicidad. Desde que sabía que el testamento volvía a estar en su sitio, había desechado toda inquietud, y por otra parte una de las novelas de la temporada, novela de playas y de balnearios, tenía tanta salida que con ella pensaba reunir los treinta ó cuarenta mil francos que le faltaban para el negocio Dufay. Por esto llegaba a su casa con aire de conquistador, llena la mente de ensueños felices y de vastos proyectos.

—Amigo mío, gritó dirigiéndose a Carlos Jorge, esta vez creo que la fortuna nos sonríe. Las diez primeras ediciones de *Crimen de mujer* están despachadas... Los pedidos afluyen y apenas podemos dar abasto. Sólo con que llegemos a la quincuagésima edición ya tenemos cogido a Dufay.

—Conténtate con la dicha que se presenta, dijo Irene suspirando, y no ahuyentes la suerte con tus proyectos.

Estaba convencida de esto que decía, pues era de esas personas que denigran la suerte tanto más cuanto más favorable se ofrece.

—¡Fetichista!, exclamó Antonio. Si yo atraigo a los malos espíritus, tú te encargarás de ponerlos en fuga... Además, tus temores son infundados; sin una confianza colosal nunca se ha hecho nada grande en este mundo. Todos los grandes conquistadores, cuál más cuál menos, se han dicho: «Dentro de ti llevas a César y su fortuna;» y todos los financieros de alta talla han tenido tragaderas, lo que quiere decir tener una confianza absoluta en el resultado final de sus combinaciones. El pesimismo es lo que, debilitándonos, nos trae la desgracia. Cuando uno se encuentra en presencia de la suerte, hay que agarrarla fuertemente... y la menor vacilación es una cobardía. Quiero cincuenta ediciones de *Crimen de mujer* y si no las consigo ¿qué mal habrá en haberlas querido? ¡Ah, pobre Irene! Nunca has tenido que hacer otra cosa que dejarte llevar por la corriente de la vida; jamás he puesto sobre tus hombros la más pequeña responsabilidad... y sin embargo hace veintidós años que sufres... Confiesa que este modo de ser es algo extravagante.

—¿Acaso podía ser yo feliz viéndote a ti desgraciado?

—Podías siquiera serlo en mis momentos buenos, que no son pocos, hasta cuando suena en casa la campana de alarma... ¡Ea, basta ya de discusiones! Tenemos el viento de popa y quiero una velada alegre.

Animó la comida con una andanada de recuerdos, que nadie como él sabía describir y en cuya belleza creía de tal modo que hacía creer en ella a los demás: sus relatos de este género llegaban a ser una especie de símbolo, una historia universal de la adolescencia y de la juventud.

A la hora del café, enfrascóse en la música, ora escuchando lo que tocaba Jacobita, ora tarareando al-

guna de esas canciones italianas, españolas ó húngaras que hacían fosforescer sus pupilas.

—¡Esta es la única música!, gritaba, la música que va directamente a los nervios sin pasar por la inteligencia. La inteligencia nada tiene que ver con la música; lo que hace es descomponerla, pervertirla. Y no se me diga que la música, después de haber pasado por la inteligencia, llega a ser instintiva; esto podrá ser verdad en cuanto a las demás artes y a la literatura, pero tratándose de la música es archifalso. La música es como el gusto y el olfato, una cosa puramente sensual, una prolongación directa de los nervios; ha de entrar en nosotros como un alimento. Hacerle ejecutar las bufonadas germánicas es lo mismo que si intentáramos comprender el aroma del café, el olor del cigarro ó el contacto del raso...

—Conformes, decía Jacobita; pero después de esto cabe filosofar sobre la música como sobre la cocina. El cocinero evidentemente no nos hará concebir jamás, por medio de la inteligencia, el perfume de una salsa, pero podrá razonar sobre su confección.

—Es cierto y ¿quién dice que no puede razonarse sobre el arte de hacer música? Lo que me subleva es que la música tenga que ver con las ideas y los actos de un personaje, que se quiera encarnar a *Hámlet* ó a *Sigurd*, a *Manón* ó a *Parsifal* en el ruido de una sinfonía ó de una ópera.

—Pues los italianos bien pretenden describir el alma de Moisés, de Lucrecia Borgia ó de Norma.

—Lo pretenden, sí; pero esos deliciosos domadores de los sonidos se dejan arrastrar por su temperamento y, ante la inspiración, se apresuran a olvidar todo intento pedante y se bañan en las ondas del ritmo y de la melodía... En cambio los alemanes y muchos de los nuestros se ensañan. tratan meticulosamente de recargar el mundo fantástico con no sé qué psicología absurda..., persiguen con paciencia un objetivo miserable é inaccesible y de este modo despojan a la música de toda su belleza orgánica, de su belleza viviente.

—¿Lo cree usted así de veras?, preguntó Lety. No soy inteligente en música; siento humildemente las impresiones que me causa... y siendo así ¿por qué me emocionan oyendo algo de Schumann, de Gluck, de Beethoven, ó de Reyer, de Saint-Saens y de Massenet?

—¡Por perversión innata!, gritó Ferronnaye, echándose a reír, porque no le gustaba prolongar una discusión, que sólo le apasionaba cuando comprendía que existía perfecto acuerdo entre él y el oyente.

Y se puso a cantar:

«¡Gran Dios!»

—Ésta, ésta es la verdadera música, exclamó; la que entra dentro del alma. Vamos, Irene, toca la gran pieza de esa vieja *Norma*, que es un raudal de melodía.

Instalóse delante del piano y así que Irene hubo atacado las primeras notas, acompañóla él cantando en una exaltación triunfal.

Lety, que estaba en el fondo del salón, en la penumbra, sentado junto a Jacobita, preguntó a ésta con voz temblorosa:

—¿No quería usted decirme algo?

—Sí, contestó la joven con firmeza, mientras su semblante se velaba con una expresión de tristeza. Quiero hacer a usted una pregunta..., y creo que no puedo hacerla más que a usted. En dos ocasiones he manifestado el horror que me causa mi género de vida; este horror, si sólo fuese moral, podría yo refrenarlo..., esperando ¡por más que he esperado ya tanto! Pero mi salud se altera, mis nervios se trastornan; apenas duermo y temo, y no solamente para mí, graves desórdenes. He hablado de ello con mi madre, pero no me comprende; no ve nada mejor que una existencia monótona; sería dichosa en un convento con tal de no tener que temer al mañana. He hablado también con mi padre, pero está distraído, apenas me escucha y cree que se trata de un capricho, de una crisis pasajera. En cuanto al médico, me repugna decirle nada por razones que quizás algún día confiaré a usted. De modo que sólo a usted puedo dirigirme. Quisiera hacerle comprender que he nacido para el movimiento, casi para los deportes, y desde el punto de vista moral, para el trato de los seres. Mi cuerpo es activo; mi alma, si me atrevo a emplear una palabra elevada, diré que es un alma *social*. Si pudiese usted llamar seriamente sobre esto la atención de mi padre, de seguro que él encontraría un remedio de su conveniencia... En cuanto a mí, cualquier cambio me colmaría de gozo; me consideraría feliz tan sólo con que me permitieran dar algunas lecciones de piano ó simplemente visitarme con tres ó cuatro familias, tener algunas amigas, y en fin recorrer París, que, aun siendo parisiense, conozco tan poco, que la idea de una excursión al bosque de Bolonia, a Nuestra Señora, al Louvre, a Suresnes, a

Saint-Cloud, á las Tullerías, al Luxemburgo, se me figura una cosa del otro mundo.

Interrumpióse y retorciéndose las manos murmuró:

—Temo que me juzgue usted excéntrica.

Laty la había escuchado con exaltación y á medida que ella hablaba, veía surgir en su imaginación mil menudos acontecimientos; cada palabra suscitaba miríadas de minutos vividos, todos los tenues hilos que componen la trama de los destinos, y sentía tanto más marillosamente el sufrimiento de Jacobita, cuanto que su propia existencia había sido abundante en exquisitos vagabundeos en viajes innumerables, por el mundo inmenso de París y de sus afueras, y en fin, en todas las rápidas frecuentaciones del artista en las que había nutrido su genio de la línea y del ritmo.

—No, dijo con vehemencia.. Comprendo á usted perfectamente. Es verdad que de momento no he podido explicarme su melancolía, porque ante mi espíritu se interponía el espejismo de ese medio en que vive usted, que es un medio encantador; pero al fin he comprendido el error de sus padres..., error nacido de un exceso de cariño.

—¡De un exceso de cariño! De un cariño que, por lo que hace á mi madre, no imagina en el mundo otra alegría que la tranquilidad de espíritu, y, por lo que á mi padre se refiere, no comprende más felicidad que la fortuna. ¡Ah! Si pudiera usted hacer entender á mi padre que todo lo que deseo es un poco de espacio y de trato con las gentes, habría usted salvado mi juventud y quién sabe si también mi vida.

Se callaron. La pieza de *Norma* tocaba á su fin y Ferronnaye, después de haber lanzado sus últimos clamores, declaró:

—¡No hay nada más hermoso en el reino de los sonidos!

Llenóse religiosamente una copa de licor y prosiguió:

—Cerca de Salerno fué donde me convencí de esto, una noche de junio, una de esas noches de estrellas y de juventud en que el alma italiana vibra en cada átomo de la atmósfera. Nos habíamos parado á la vuelta de una calle, junto á un estanque, delante de la fachada de un palacio del tiempo de los Médicis. Por las ventanas de aquel edificio salían vivas claridades y en un balcón de mármol verde había dos jóvenes con las manos enlazadas. Sería en vano querer describir el conflicto de las sombras y de la luz, la admirable suavidad de los contornos, el rumor aterciopelado y líquido de los vegetales, el torrente de olores apacibles que hervían en el espacio, la fuerza amorosa de la Vía láctea, los reflejos palpitantes que se escapaban del lago como una bandada de almas dichosas... No había allí una sola forma, por pequeña que fuese, que no revelase la embriaguez y el esplendor de vivir... Entonces pasó *Norma* bruscamente al través del plateado azul de las tinieblas, como la misma voz de los elementos, como la alegría frenética, suave, sensual y poética de la tierra más bella del mundo.

—¡Aquella alegría estaba en ti mismo!, exclamó Jacobita con pasión. Era la alegría de tu juventud y de los viajes, la alegría de pasar de una ciudad á otra, de una á otra pradera. ¡Ah! ¡Cuán bien la comprendo yo esa alegría! ¡Cómo habría yo saboreado, en una noche como aquella, hasta la más inocente canción francesa!

—¡Pero tú no estas hastiada! La vieja Francia ha dejado una estela de hermosas voces en los ecos del tiempo.

«Ese hombre debiera hacerse cargo de que es su hija quien ha hablado así, pensó Carlos Jorge. Y en verdad que habiendo heredado algo del alma de su padre, esta clausura debe de ser atroz para ella.»

Entonces soñó con el Espacio, con las Aguas, con la Montaña, con el Bosque, con las cristalinas ciudades del Mediodía y con las fuertes ciudades del Norte, en donde él proporcionaría á Jacobita la voluptuosidad de deslizarse por el planeta. Y ese ensueño duraba aún cuando Irene y su hija se retiraron. Durante algunos minutos dejó que Antonio discursase y luego le preguntó:

—Si fuese usted rico..., tan rico como usted desea ¿qué haría usted de su fortuna?

—Tres cosas, amigo mío, contestó Ferronnaye sin titubear: viajar como un tártaro, editar libros incomparables y llenar mi casa de obras maestras. Soy un nómada con crisis de hogar, un bohemio con impulsos irresistibles de intimidad; así es que, en medio de una vida errante, necesito un nido, una caverna, una guarida..., un lugar en donde el viejo civilizado que en mí coexiste con el salvaje pueda encontrar un refugio tibio. Y aun, á decir verdad, quisiera dos viviendas, una en algún sitio á orillas del mar Egeo y otra en este agujero de polvo y de tranvías

—¿No ha oído usted hace poco la voz de su hija?, preguntó el grabador con un ligero temblor de labios.

—Sí ¿y qué?, replicó Ferronnaye levantando las cejas con apatía.

—En aquella voz debiera usted haber reconocido la suya propia, sus aficiones, sus instintos. Hay en ella, como en usted, la necesidad del movimiento y del viaje, un ardor áspero..., un ardor, amigo mío, que se consume, una fuerza que, no pudiendo difundirse, se vuelve contra sí misma y engendra sufrimiento, desesperación y neurastenia.

El grabador, en un principio tímido y hablando en voz baja, se había ido animando y defendía tan osadamente su causa que Ferronnaye se quedó asombrado.

—Mi querido Laty, es usted un soñador; Jacobita ha heredado el temperamento de su madre más que el mío; ha nacido para la vida claustral, para un hogar pequeño, claro y apacible. Es un alma casera, amigo mío.

—Es un alma cautiva..., cuyo secreto el mejor de los hombres no ha sabido adivinar.

—¿Y es usted quien la ha adivinado?, preguntó Antonio con ironía.

—No la he adivinado, la he comprendido... Cuando me anima la simpatía, tengo cierto instinto que no me engaña sobre los pesares verdaderos; y le aseguro á usted que su hija realmente sufre.

Ferronnaye se parecía á tantos otros hombres que pierden toda penetración tratándose de las personas de su hogar.

Comprendía mal los lamentos de Jacobita, tanto más cuanto que la asimilaba demasiado á Irene y que se había pasado toda su vida de esposo defendiéndose contra los gemidos de aquella mujer pesimista. Pero oyendo á Laty acudieron á su memoria, como suele ocurrir también á un gran número de individuos de su índole, multitud de recuerdos que le sorprendieron por su aspecto nuevo y, en cierto modo, por su efecto de maza, y repentinamente sintióse dispuesto á ver el *spleen* de Jacobita y, como amaba tiernamente á su hija, á compadecerla.

—¿Le ha hablado ella de todo esto?, preguntó brusca y cordialmente.

—Sí.

—¡Magnífico!, exclamó riendo..., ¿y por qué habrá hablado de ello á usted y no á su madre ni á mí?

—También ha hablado de ello á ustedes; pero la señora de Ferronnaye no puede concebir felicidad que no sea sedentaria, y en cuanto á usted, mi bondadoso amigo, está usted distraído, escucha mal... Esto, por lo menos, es lo que he creído comprender.

—Y ha comprendido usted perfectamente, porque todo esto es la pura verdad. Sí, he escuchado mal y mi mujer para esto no tiene oídos... Los padres pueden engañarse respecto de sus hijos de muchas maneras, y una de ellas es no descifrando el bien ni el mal que en ellos crecen. Yo he mirado como presbíte, mi querido Carlos Jorge, á lo largo de mis proyectos, de mi fortuna futura y ¡pardiez!, en mis sueños no habían de faltarle á Jacobita ni los viajes ni el trato con gentes agradables. Pero olvidaba el presente, olvidaba su edad; como todo lo que ahora puedo ofrecerle me parecía tan opaco, tan mediocre, he acabado por no ofrecerle nada, animado, además, por el miedo á lo desconocido que acosa á su madre. Doy á usted las gracias por haberme abierto los ojos... Ahora vamos á recuperar lo perdido; Jacobita verá mundo..., y puesto que usted ha sabido descubrir tan bien la causa de su inquietud, usted participará de este cambio de vida. Y ¡qué casualidad! La emancipación de mi hija arrancará del *Crimen de mujer*.

Laty le escuchaba, emocionado de aquella afabilidad rápida y generosa que siempre le había seducido en Ferronnaye y cuyo reverso de olvido y de negligencia no había acertado aún á descubrir. Y acordándose de la mirada de Jacobita, sintió nacer una tierra y magnífica esperanza.

—¡Es usted un hombre delicioso!, dijo á Antonio. El hombre mejor de cuantos conozco.

—No, respondió el editor conmovido; el mejor es usted. Yo no soy más que un hombre bastante bueno, sin hiel, sin rencor, incapaz de hacer el mal por el mal... Si la fortuna me ayuda, creo que podré deramar un poco de felicidad en torno mío... ¡Y diríase que la fortuna caprichosa me sonríe!. ¡Ah, si mi tía hubiese querido! ¡Tiempo ha que mi posición estaría asegurada!

Al hablar de Isabel, adoptó aquella actitud que tan bien conocía el grabador y que era á la vez de preocupación, de extrañeza y de esperanza. Cuando estaba solo con Laty, su deseo de hablar de la coleccionadora acababa por sobreponerse á todo lo demás.

—El otro día fuí á verla, dijo á media voz, y me pareció más loca que nunca y también extrañamente suspicaz.

Carlos Jorge bajó la cabeza; había llegado el momento en que era necesario decidiarse y en su mente se reprodujo, aunque abreviado, el drama de sus vacilaciones.

—Hasta llegué á pensar si por casualidad habría abierto el testamento, siguió diciendo el editor.

—No lo creo, respondió Laty.

Y esta respuesta le hizo adoptar una resolución.

—¿En qué se funda usted para creerlo así?, preguntó con interés Ferronnaye.

—Páreceme que no debo decírselo á usted... La señorita Ferronnaye me ha hecho algunas confidencias y aunque las he escuchado bien á pesar mío, creo que le debo el silencio en todo lo que no atañe á usted directamente..., en todo aquello que no signifique una amenaza para usted...

—¡Vamos á ver!, interrumpió Antonio. ¿Le ha exigido á usted el secreto?

—Sobre una sola cosa, pero temo que su intención haya sido comprender en esta cosa todo lo demás. En mi sentir, estoy obligado á guardar silencio, lo repito, sobre todo lo que no sea para usted de un interés inmediato. Pero aparte de este punto acerca del cual me he comprometido formalmente, lo que debo á usted está por encima de lo que debo á su tía... Creo conocer á usted lo bastante para tener la seguridad de que respetará usted mis escrúpulos.

—Ciertamente, contestó Ferronnaye con alguna violencia.

Se había apoderado de él una curiosidad devoradora, pero comprendía que sería imprudente no respetar las ideas del joven; así es que añadió, lanzando un suspiro:

—Dígame usted lo que crea que puede decirme.

—Es muy poco. En primer lugar, estoy seguro de que su tía no ha abierto aún el testamento; en segundo, ha manifestado el propósito de modificar sus últimas voluntades, si no en seguida, dentro de poco.

—Es extraordinario que le haya hablado á usted precisamente de esto.

—Sí, contestó Laty con melancolía; es realmente extraordinario y me ha sorprendido tanto, por lo menos, como á usted... Todo ha sido obra de la casualidad.

—No será de fijo la casualidad la que habrá engendrado en el ánimo de mi tía la confianza en usted, replicó el editor con cierto dejo de tristeza... Es usted quizás el primer hombre que, desde que es solterona es adulta, ha recibido de ella una prueba tal de estimación... ¡Qué lástima que no pueda usted decírmelo todo! De seguro que yo habría visto claro en ese enredo... En fin..., sólo haré á usted una pregunta: ¿hay probabilidades de que sepa usted el momento en que modificará ó completará su testamento?

—Lo ignoro, pero después de lo que ha pasado no me extrañaría que así fuese.

—Corriente, exclamó nerviosamente Antonio... En todo caso, si el hecho se realizase ¿no me lo ocultaría usted?

—No.

Ferronnaye miró fijamente á Laty y con voz concentrada, ardiente, le dijo:

—Ya sabe usted que le miro como á un hijo... En usted pongo toda mi confianza.

Estas palabras impresionaron profundamente á Carlos Jorge, quien, relacionándolas con su conversación con Jacobita, palideció de esperanza.

En cuanto á Ferronnaye paseábase de un lado á otro de la sala agitadísimo, sintiendo hervir en su mente ideas contradictorias. La fiebre enrojecía sus pómulos y sentía, aun más que el día en que abriera el testamento, la presión de las voluntades oscuras, el furor y la tristeza de la lucha.

IX

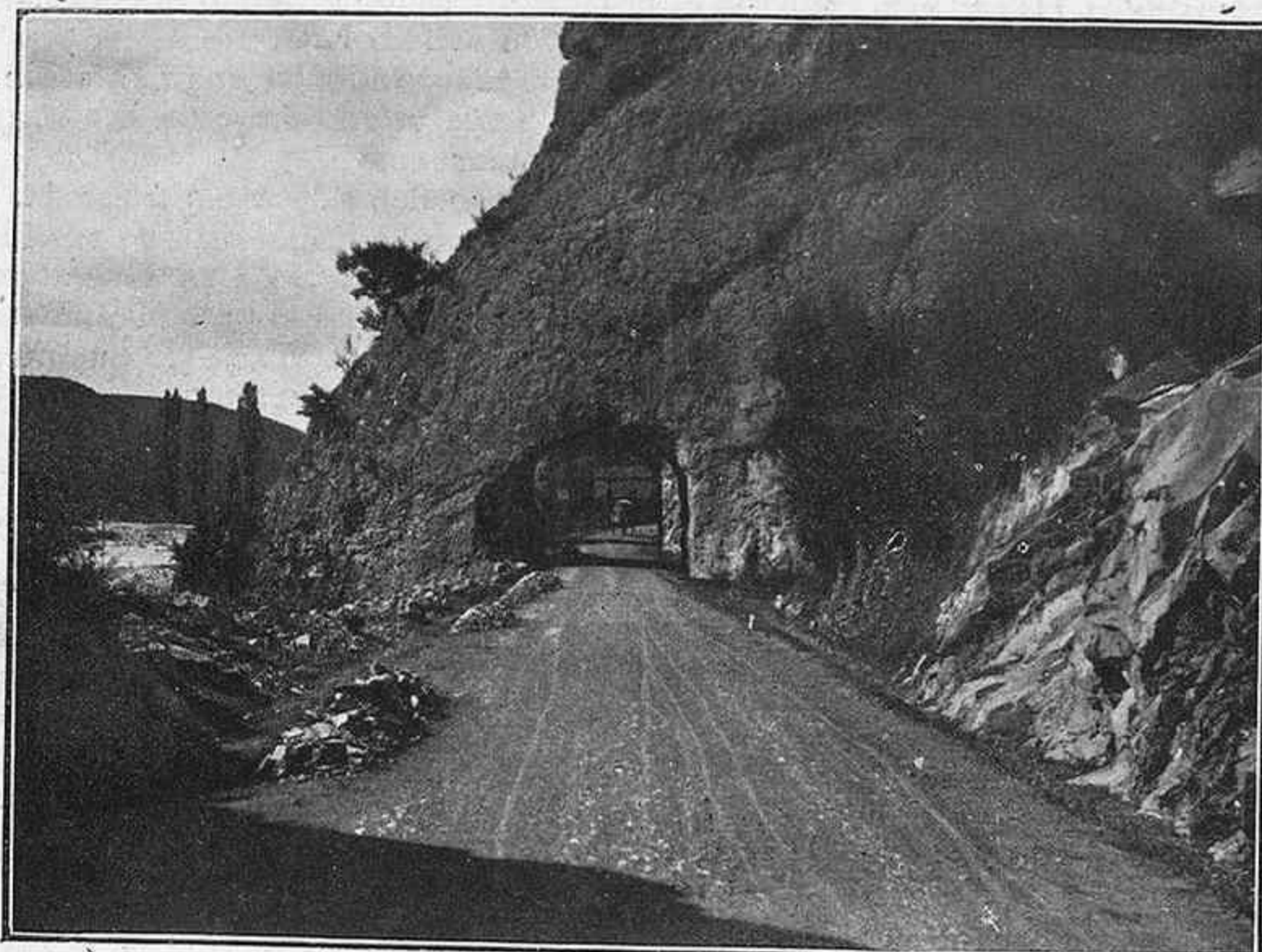
Laty atravesaba una crisis; pues ahora se daba cuenta del abismo que separa la apreciación de un acto antes de haberlo cometido del acto mismo, semejante á un germen que se desarrolla dentro de nosotros obedeciendo á leyes ineluctables. La sociedad, que ha puesto límites á nuestros impulsos, tiene algo más que gendarmes de carne y hueso para reprimirlos. A un hombre honrado puede parecerle indiferente que otro haya pecado contra el pacto social y hasta puede aprobar uno de esos eflujos ligeros que enmiendan la suerte; pero que sea él quien peque, y se desvanece su ciencia moral.

Carlos Jorge amaba demasiado á Ferronnaye para no aceptar todas las miserias y todas las tristezas resultantes de su abnegación, pero causábase verdadera pena la idea de que la anciana coleccionadora hubiera creído deber mostrarle simpatía.

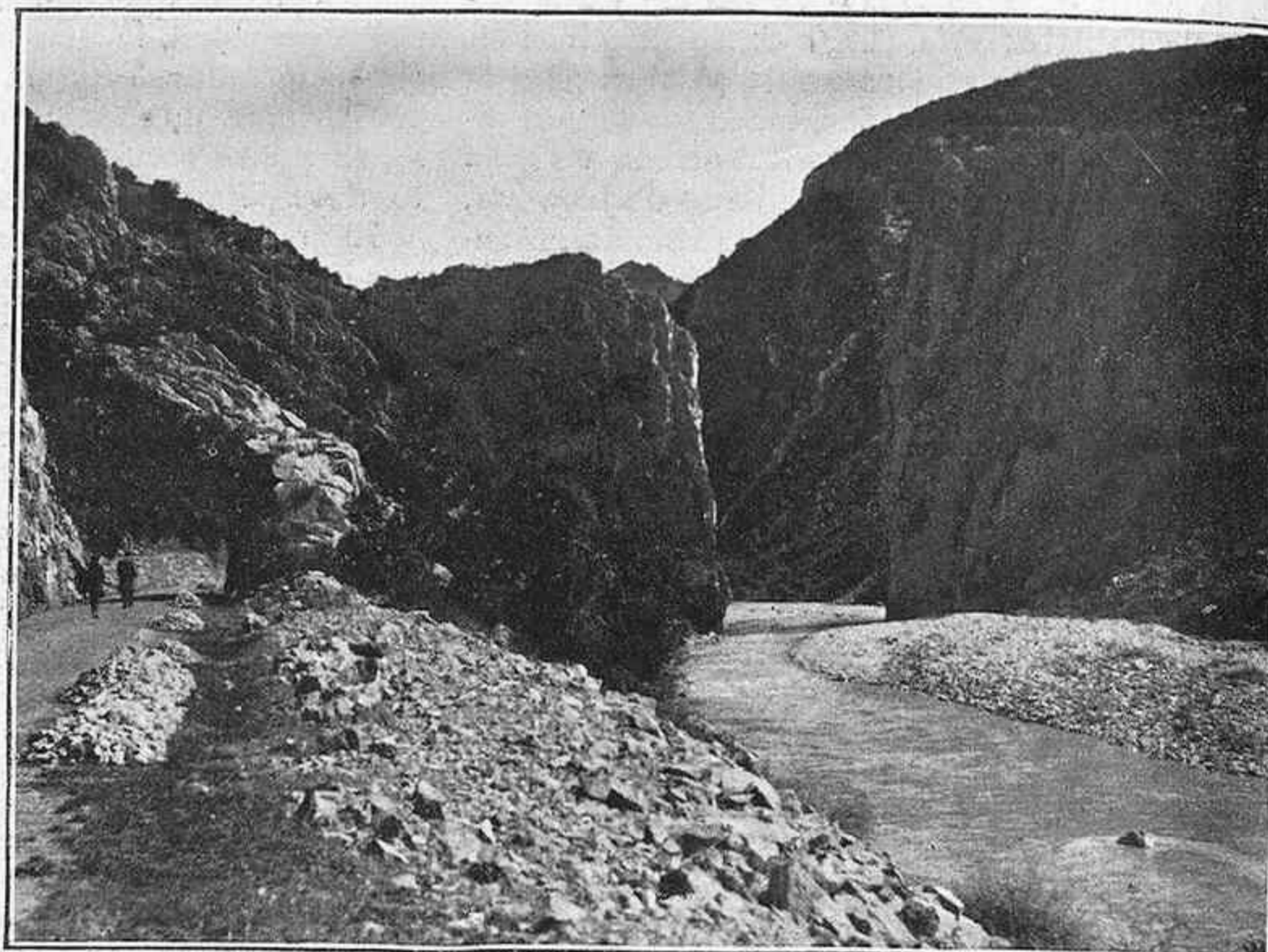
(Se continuará.)

RINCONES DE ESPAÑA.—LA FOZ DE BINIES Y EL VALLE DE ANSÓ

Entre la muchedumbre de nuestras populosas vías al azotar las caras el cierzo invernal cuando el sol queados comedores. De allí arranca la carretera que riega y fertiliza el río Veral procedente de Ansó y de las altas mesetas pirenaicas, y que á lo lejos sale en hora y media conduce al pie mismo de Verdún,



Entrada de la Foz de Binies



La Foz de Binies

alumbra las calles con amarillenta timidez y la nieve cubre los suelos, aparecen como figuras hieráticas y de otros tiempos unas mujeres ataviadas con extraña indumentaria, evocación de épocas medioevales, vendedoras de hierbas medicinales recogidas en las faldas pirenaicas. Ante su reposado y sereno andar, su verde túnica, su cara plácida é inmóvil, surge el recuerdo del valle en que su vida transcurre uniforme, tranquila, y de los montes majestuosos que con salvaje grandeza la rodean, de sus patriarcales costumbres, del rincón de España, pintoresco y desconocido, que inspiró lienzos interesantísimos al pincel de Carlos Vázquez, donde nuestro Pérez Galdós colocó la acción de *Los Condenados*: el Valle de Ansó.

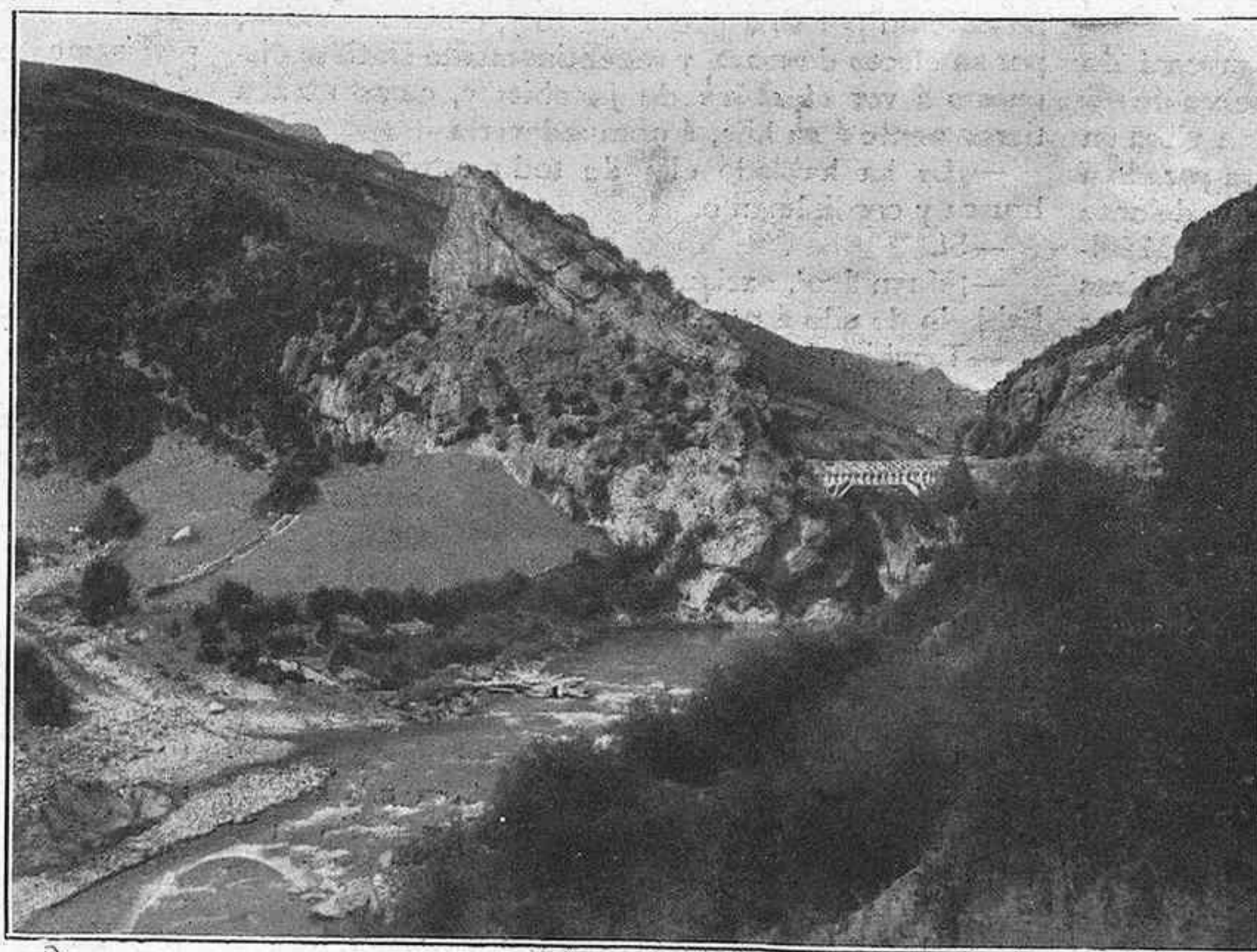
Para la excursión á dicho valle es necesario trasladarse á Jaca y saliendo de aquella antigua ciudad aragonesa, que tan interesantes recuerdos encierra dentro de su recinto amurallado, por la carretera de Navarra que sigue por la orilla izquierda el curso del río Aragón, atravesar el río Gas, rodear la famosa peña de Uruel, admirando torreones en ruinas, restos de la dominación agarena, llegar á las dos horas al puente de hierro tendido sobre el anchuroso cauce del Aragón y, atravesándole, hacer alto en la venta típicamente española de Puente la Reina, popularísima entre carreteros y gañanes por su buen trato, su hospitalaria *lar* donde chisporrotea siempre una reconfortante hoguera y la alegría que reina en sus blan-

población situada en una pequeña cima que domina la canal del río hasta perderse de vista en tierra navarra.

Al pie del pueblo comienza la carretera que se dirige al Valle de Ansó. En sus primeros kilómetros

del desfiladero célebre por la grandiosidad de sus paisajes, llamado Foz de Binies, por donde penetra y se arriesga la carretera. A dos horas de Verdún y á la entrada de la Foz en la llanura de Pardiña á orillas del Veral, rodeada de verdes prados, deliciosas frondas, regadas por el bullicioso río, un sencillo, tranquilo y aseado ventorro perdido entre inmensa arboleda convida al viajero después de cinco horas de viaje á reparar sus fuerzas y descansar su espíritu y su cuerpo en aquella *Arcadia* feliz, lejos de mundanales ruidos, entre sábanas blancas como la leche que huelen á romero, á tomillo y á colada campesina.

A pocos metros de la casa está el ingreso al desfiladero que el Veral con paciencioso esfuerzo abrió en el transcurso de siglos con labor de escenógrafo y por el cual se desliza suave en deliciosos remansos, atronador en loca caverna, batiendo enormes rocas y formando espumeantes cascadas. Forma la entrada de la Foz una roca abierta como portal de templo primitivo, ornada por guirnaldas de hiedra que festonean graciosamente sus grietas ó en verdes macizos cubren sus paredes. Otras dos rocas abiertas con arte dan paso á la carretera, que descubre entonces la salida triunfal del río por aquellas angosturas, salida formada por dos enormes masas graníticas, ciclopes pétreos de puntiaguda silueta que rinden honores al río que jugueteando por allí se escapa hacia el llano, hacia su muerte.



Paisaje del Valle de Ansó

atraviesa en interminable recta la llanura llamada de la Corona llegando al pueblo de Binies, desde cuya altura se descubre el panorama del valle, que

pétreos de puntiaguda silueta que rinden honores al río que jugueteando por allí se escapa hacia el llano, hacia su muerte.



Vista de Ansó



Una calle de Ansó

Intérnase la ruta por angostos parajes á la vera del río, cuyas revueltas continuas y caprichosas sigue fielmente. A cada paso se descubren nuevos y grandiosos espectáculos, que se suceden á manera de decoraciones mágicas. Así se deslizan río y camino bajo un dosel formado por rocas colosales que se inclinan coquetamente sobre aquel espejo movedizo ó se escurren entre paredes de altísimas rocas que parecen juntarse allá en las nubes que apenas se vislumbran, ó como en boca de lobo penetran en túnel abierto á través de ciclópeas rocas, al compás del ruido aterrador del río, saliendo á los pocos minutos á un paisaje formado por paredes blanquecinas de formas caprichosas esmaltadas por negro musgo y donde arraigan plantas parasitarias y árboles salvajes. Otras veces las rocas parecen juntarse en recias paredes y cerrar el camino, que una estrecha revuelta abre nuevamente ante un lago delicioso formado por el descanso de la corriente al pie de altísima y rugosa pared, entre árboles inclinados en poéticos desmayos.

Así, sucediéndose infinidad de sensaciones terroríficas, tranquilas, poéticas, dantescas, que la naturaleza en su inagotable grandiosidad imprime al caminante, atraviesa en su trazado la carretera la Foz de Binies, trazado de un artista exquisito, lleno en sus tres kilómetros de extensión de obras de ingeniería notables.

Salvada la última y atrevida revuelta, ábrese mágicamente las montañas, la luz tórñase intensísima y se despliega ante la vista del excursionista un plácido valle, el cual remonta como blanca cinta la carretera, que aquí principia á ser penible y fatigosa por sus pronunciadísimas cuestas, y que faldeando el monte llega á alcanzar gran altura, dominando á sus pies el valle atravesado por la plateada cinta del río, que más lejos vuelve á hundirse en fantástica y grandiosa garganta por cuya cima corre ahora la ruta. Ésta pronto comienza á descender durante unos kilómetros hasta atravesar casi á nivel el río y llegar al poblado de Santa Lucía.

De allí pausadamente, en pleno valle, remonta de nuevo el camino entre bonitos y plácidos paisajes, pasando otra vez á la orilla opuesta del Veral por un altísimo puente de hierro estribado en dos rocas que forman fantástico paso, y después de describir graciosas revueltas ya entre feroces y áridos panoramas, llega al pie de Ansó, que se agrupa pintorescamente en la cima de un montículo rodeado por ásperas tierras, en cuyo fondo se destacan las altas mesetas de la cordillera pirenaica y en primer término sus estribaciones.

Al pie de Ansó muere la carretera y para subir al pueblo montañés es necesario trepar por rocosa cuesta. Una pesada ascensión conduce á una tortuosa y estrecha calle, que, siempre subiendo, sale á la plaza irregular en que se levanta la iglesia, situada en la cúspide de la colina y en medio del pueblo como un pastor entre sus rebaños. Espaciosa, bien decorada, con típico atrio de amplísimas proporciones y torre cuadrada, la iglesia de Ansó poco ofrece á la curiosidad del turista.

De esta plaza arrancan por doquier, en todas direcciones y niveles, calles que en caprichoso culebreo atraviesan otras plazas de irregularísimo perímetro, todas formadas por casas de gran portal, arco severo, y muchas con tribunas y balcones llenos de flores y plantas que contrastan con la color negruzca de calles y viviendas, y adornadas todas por grandes, cuadradas y puntiagudas chimeneas, que desta-

cándose sobre el fondo terroso de los montes ó el grisáceo azulado del cielo, dan al pueblo un tinte original propio de los pueblos norteños.

De aquel laberinto de calles tristes y silenciosas, de aquellas cuevas y encrucijadas, de las ventanas llenas de flores, de los oscuros y solemnes portales, surgen extrañas figuras que animan sus soledades, que se asoman curiosas, se agrupan gesticulan-

pocos casos se registran de desvíos, á pesar de Panticosa y otros puntos veraniegos donde sirven para ganar su sustento en la época de la *season* y de sus excursiones invernales á Madrid, Zaragoza, Barcelona y otras grandes ciudades. Ella es la que trabaja en el valle, lleva el peso de la casa y de la hacienda, labora la tierra, mientras el hombre, guapo descendiente de contrabandistas, raza fuerte, pero holgazana y viciosa, descansa de sus correrías. Así los campos vense llenos de pobres mujeres que encorvadas riegan la tierra con el sudor de su trabajo y los cafés rebosan de ansotanos gozando las delicias del *dolce far niente*.

La extensión del Valle de Ansó es de 25 kilómetros de longitud por 7 de ancho (término medio), con una superficie de 187,50 kilómetros. Limita su parte O. el valle del Roncal (Navarra), teniendo por esta parte como picos más altos los de Mazclara (1.614 metros), la Conteda y Escaurri (1.776). El Norte linda con la sierra de Pertrachena (2.376) y monte de Cherito, que derivan en dirección al Este, en donde forman sus límites los montes de la Cherito (2.336), Fugas (2.164) y El Palo (2.102), que lo separan del vecino valle de Hecho, cerrándolo por la parte Sur las sierras de Arcayola y Forcala, que forman las gargantas ó Foces de Orno y de Binies. Ansó tiene 1.400 habitantes y está situado á 845 metros sobre el nivel del mar, siendo su principal riqueza la cría y recría de ganado principalmente lanar, y su principal comercio la lana, que goza de gran fama en todos los mercados, dando pingües beneficios á sus habitantes. El bienestar y la holgura reinan en el pintoresco valle, cuyo municipio, ejemplarmente administrado, no conoce el déficit ni los atrasos, pagando puntualmente los servicios de enseñanza, de médico y boticario, que no cuestan ni un real á sus habitantes, ya que todo sale de los bienes comunales. Raro ejemplo en nuestra tierra.

Excursionear por el valle es un deleite para el alma y para el cuerpo. En las vertientes de sus altas mesetas los esmeraldinos prados, las silenciosas y poéticas frondas, las visiones pintorescas, abundan, á la par que los grandiosos y solitarios paisajes llenos de espantosos precipicios, entre los que ríos y riachuelos se precipitan con fragoroso ímpetu.

Remontando el curso del Veral tranquilo y manso entre prados y árboles que sombrean su cauce espumoso y loco, zigzagueando entre enormes rocas y desfiladeros de altísimas paredes, se llega al pie del arruinado castillo de Ansó y más tarde al cuartel de Zoriza (1.275 metros), delicioso lugar en que las aguas que bajan de los picos de Pertrachena entre árboles y prados se juntan á las que proceden de las rocosas alturas del puerto de Ansó, formando allí mismo el río Veral que atraviesa el valle.

Las ascensiones á la meseta de los tres Reyes (unión de los antiguos reinos de Francia, Navarra y Aragón), á las puntas de Idoyer y Pertrachena, á los picos de Tortiella y otros, son encantadoras, gozándose espléndidos panoramas que cautivan el ánimo del turista, quien abandona con pena el valle, nido de visiones espléndidas, de recuerdos de otras épocas, de sanas y sencillas costumbres y cuyos honrados vecinos pasan entre aquellas asperezas la vida sin apenas conocer las sacudidas de nuestra calamitosa época, llena de desbarajustes sociales y de aterradoras locuras, gozando así la tranquilidad del cuerpo y del espíritu.—EL CONDE DE CARLET.

(Fotografías del autor.)



Ansotanos en traje de gala

do y con su pintoresco atavío transportan la visión á épocas lejanas. Al aparecer en las ventanas la graciosa silueta, ó en el marco de una puerta una vieja hilando en tosca rueca, ó un grupo de jóvenes en medio de una plaza, al atravesar la calleja una pobre *chessa* cargada con panes grandes como una rueda, envuelta en sayón ó falda de bayeta verde que arranca del cuello á manera de túnica, con sus abolladas mangas que á estilo de roquete se salen del paño, escondiendo la cabeza en los descomunales pliegues de su gorguera y ataviada con cadenas de las que cuelgan joyeles y medallas de dibujo bizantino y arracadas del mismo estilo, reviven en la imaginación cuentos de hadas ó escenas de dramas antiguos ó la *mise en scène* de óperas y zarzuelas. El traje de *chessa*, originario del vecino valle de Hecho, es el único que visten las ansotanas en su tierra, el único que la costumbre les permite y que al volver de Panticosa ó de las ciudades donde van á servir endosan con orgullo, considerando un deshonor vestir de otro modo.

La mujer de Ansó es generalmente de buena estatura, de líneas finas, honrada á tal extremo, que

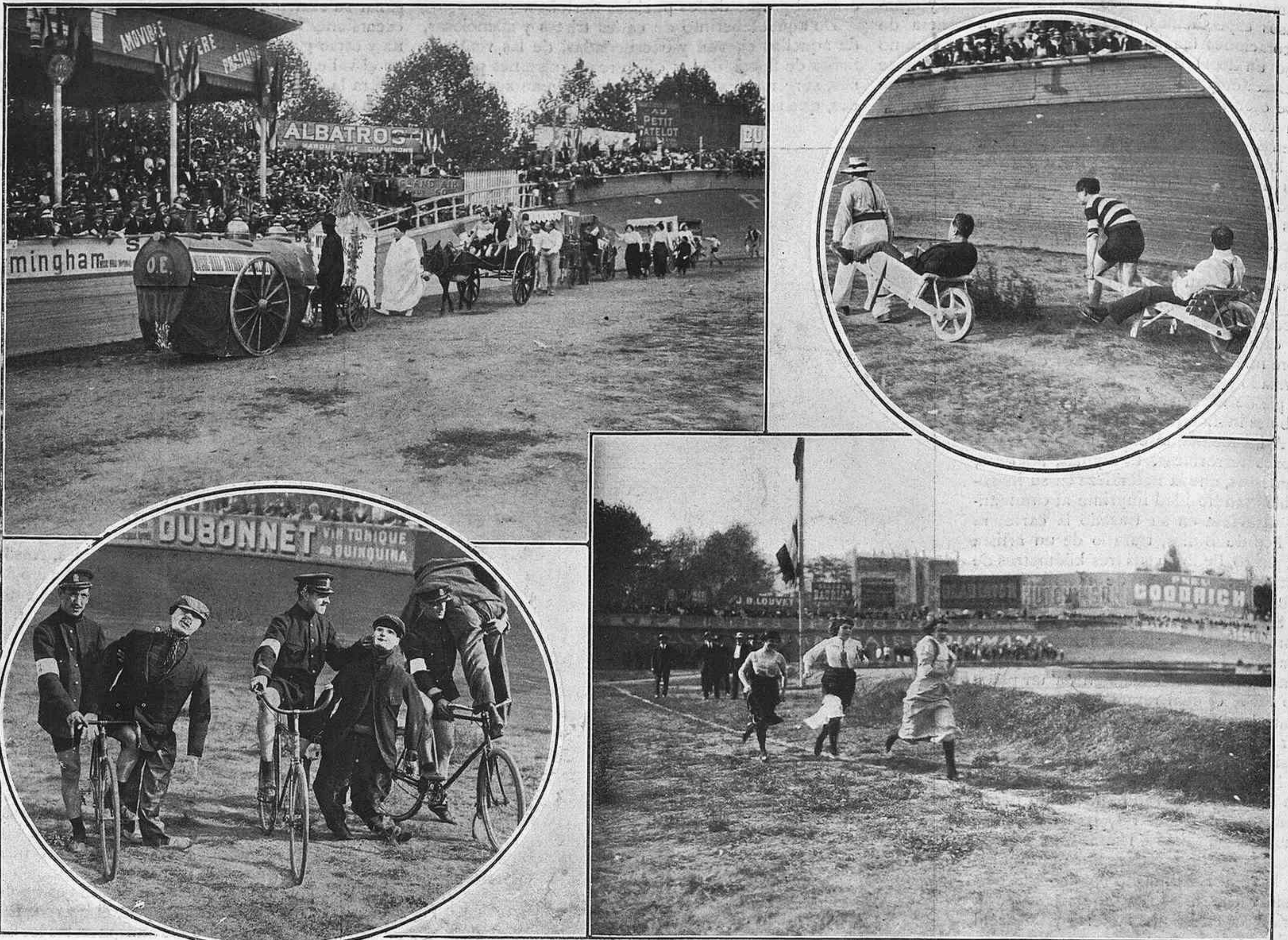
Las casas alemanas y austro-húngaras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA y EL SALÓN DE LA MODA, pueden dirigirse á la agencia de publicidad Rudolf Mosse, en Berlín, Breslau, Dresde, Duseldorf, Francfort del Mein, Hamburgo, Colonia,

Leipzig, Magdeburgo, Maguncia, Nuremberg, Stuttgart, Praga, Viena, Zurich.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILIVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

PARÍS.—FIESTA DEPORTIVA DE LOS CAF' CONC' EN EL VELÓDROMO BÚFFALO



El Music Hall Circo ambulante.—Carrera de carretillas.—Carrera ciclista de agentes contra apaches. (De fotografías de Rol.)
Carrera pedestre de bailarinas. (De fotografía de Carlos Delius.)

El grupo deportivo y la Sociedad de Socorros Mutuos de los Artistas líricos, de París, han celebrado, como todos los años, una fiesta de beneficencia en el velódromo Búffalo, bajo el patronato del diario *L'Auto*. El programa contenía multitud de números, todos ellos más ó menos relacionados con los deportes, y en su mayoría muy originales y de un carácter sumamente cómico, pues la originalidad y el buen humor son las notas características de estas fiestas llamadas de los Caf'Conc', es decir, de los cafés conciertos. Hubo carreras de todas clases y para todos los gustos, en las que tomaron parte profesionales y varios artistas de la sociedad, habiendo alcanzado singular éxito la de bicicletas denominada de agentes contra apaches, en

la que los ciclistas habían de coger, á la carrera, un maniquí del número correspondiente al suyo; la de carretillas, en la que el conductor debía llevar en la boca una pipa que no se apagase durante todo el trayecto y el viajero conservar intactos dos huevos que en sendas cucharas llevaba en las manos; y la carrera á pie de las bailarinas.

Todos los números fueron entusiastamente aplaudidos y dieron lugar á graciosos lances; pero el *clou* de la fiesta fué el Music Hall Circo ambulante, que se montó y desmontó á la vista del público y cuyos artistas hicieron las delicias de los espectadores con sus ejercicios verdaderamente cómicos.



ZEISS
GEMELOS
PARA VIAJE,
DEPORTE Y CAZA
PÍDASE EL PROSPECTO «T. 224»
De venta en todos los Establecimientos
de Optica, y por
CARL ZEISS, Jena, ALEMANIA
Berlín - Francoforte s/M. - Hamburgo
Londres - París - San Petersburgo - Viena.

FÁBULAS DE LA-FONTAINE

Nueva traducción debida á **D. Teodoro Llorente**, ilustrada con notables dibujos intercalados en el texto y láminas tiradas aparte, originales de **Gustavo Doré**.—Esta notable edición en un tomo casi folio, ricamente encuadernado con tapas alegóricas, se vende al precio de 35 pesetas en la casa editorial de Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona.

EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA

COMPUESTO POR MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

Suntuosa edición dirigida por **D. Nicolás Díaz de Benjumea** é ilustrada con una notable colección de oleografías y grabados intercalados en el texto por **D. Ricardo Balaca** y **D. J. Luis Pellicer**

Dos magníficos tomos folio mayor ricamente encuadernados con tapas alegóricas tiradas sobre pergamino y canto dorado.—Su precio 200 pesetas ejemplar, pagadas en doce plazos mensuales.—Hay un número reducido de ejemplares impresos sobre papel apergaminado y divididos en cuatro tomos al precio de 400 pesetas ejemplar

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES, BARCELONA